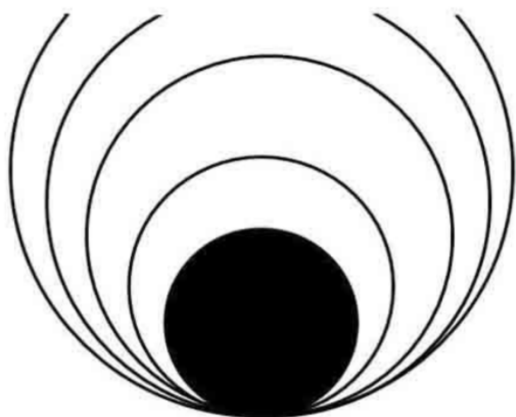


UNA «HIPPIE» CON CIANURO

Keith Luger



PUNTO ROJO



KEITH LUGER

UN HIPPIE
CON CIANURO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 911
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X
Depósito legal: B 28.359 - 1979
Impreso en España - Printed in Spain
2ª edición: octubre, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.263. — La historia de Bill el Melenas.
En Colección SERVICIO SECRETO:
1.519 — Un castillo con vampiro.
En Colección BUFALO SERIE ROJA:
967. — El Oeste en llamas.
En Colección SALVAJE TEXAS:
729. — La venganza.
En Colección KANSAS:
657. — Mala hierba nunca muere.
En Colección BRAVO OESTE:
581. — Tres hombres van a morir.
En Colección PUNTO ROJO:
903. — Crimen en una noche de verano.
En Colección CALIFORNIA:
752. — La historia de Buby el Llorón.
En Colección ASES DEL OESTE:
1.066. — La caravana fantasma.
En Colección COLORADO:
610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!
En Colección HEROES DE LA PRADERA:
510. — Disparando como un rayo.
En Colección BISONTE SERIE AZUL:
82. — La chica del rifle de oro.
En Colección BUFALO SERIE AZUL:
5. — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué tal estoy, Tony?

Ella tenía puesto mi pijama y estaba hecha un bombón.

Estaba deliciosa con mi pijama sobre su cuerpo. Desde luego le sobraban dos palmos de mangas, pero ya se las había subido, y también le sobraba pantalón, pero igualmente se lo había arreglado con un cintajo.

Habíamos ido a una sesión de cine y a la salida nos cayó el chaparrón. Yo tenía mi coche en el taller, de modo que, para cuando cogimos un taxi, nos habíamos empapado hasta los huesos.

Fuimos a mi apartamento y allí estábamos ahora los dos, yo envuelto en un batín y ella con mi pijama.

Me había preocupado en preparar *whiskies* y yo iba por el segundo, pero ella no lo había probado.

Se llamaba Pamela y era un sueño de mujer. Una combinación de Mata-Hari, Julie Christie, Brigitte Bardott y Raquel Welch. Siempre me he conformado con poco.

Se sentó a mi lado en el sofá y la besé en la boca.

—Cuidado, muchacho —dijo.

—¿Con qué he de tener cuidado?

—Conmigo, soy muy frágil.

—No vi el cartelito.

—Tengo ganas de comer, Tony.

—Oh, no.

—Mi estómago pide alimento.

—¿No se conforma tu estómago con un *whisky*?

—Me sentaría como una bomba.

Sin más explicaciones, se fue a la cocina.

Ella era la secretaria de lord Burke, un aristócrata que, aparte de

tener muchos títulos, se había convertido en un magnate de la industria pesada.

La tormenta que descargaba sobre Londres llegó a su apogeo.

Me fui a la cocina con el *whisky* en la mano y me apoyé en el hueco de la puerta.

Pamela había abierto la nevera y estaba sacando cosas.

—Tienes un buen surtido, Tony.

—Come, hija, come —le dije para darle prisa.

Y, entretanto, hice viajes al bar. Consumí otros dos *whiskys* y ella consumió la mitad de mis provisiones.

—¿Lista? —pregunté ansiosamente.

—Me falta el café.

—¿Qué café?

—Siempre tomo café después de comer. ¿Es que no tienes?

—Sí, tengo, pero no está hecho.

—Muy bien, lo haré yo.

Solté un gemido.

Puso el café a hacer y me atreví a ir hacia ella y la rodeé con mis brazos por detrás.

—¿Quieres una taza?

—¡No!

Bebió una tacita y se relamió los labios.

—Muy bien —dijo.

—Pamela…

—Tengo que lavar.

—¿Lavar qué cosas?

—Todo lo que he ensuciado.

—Yo lo lavaré mañana. ¿Por qué te vas a molestar?

—No es molestia.

—Pamela, tengo la impresión de que una vez que hayas fregado los cacharros, querrás lavar el piso, y luego quizá me propongas pintar las paredes.

Ella se echó a reír.

—Eres maravilloso, Tony.

—Sí, soy tan maravilloso que aquí estoy contigo, a la espera de que me dediques un minuto de atención.

—¿Tan poco?

—Bueno, digamos media hora.

—Be acuerdo.

Me dejó con la boca abierta. Salió de la cocina y me dedicó una sonrisa al pasar.

Oí que se sentaba en el sofá y entonces emprendí el galope como si fuese a ganar el Derby.

Crucé la línea de meta y pasé mi brazo por los hombros de Pamela.

—Nena, qué preciosa estás.

Fui a besarla y en ese momento sonó el teléfono.

—Cariño, ¿no lo vas a coger?

—No, no lo voy a coger.

Tenía mi boca muy cerca de la suya y sus deliciosos labios se movieron para decir:

—Es que resulta bastante molesto estar oyendo la campanilla.

Hice rechinar los dientes y atrapé el auricular.

—¿Sí?

—Por favor, la señorita Pamela Roberts.

Me quedé mirando el micro porque nadie podía saber que Pamela Roberts estaba allí.

—¿Quién llama?

—Lord Burke.

—Amor mío —le dije a Pamela—. Tu jefe.

Fue a coger el auricular, pero lo alejé de su mano.

—¿Cómo supo que estabas aquí, Pamela?

—Le dije que salía contigo.

—¿Por qué te exige cuentas de tu vida privada?

—No seas tonto, Tony. Se trata de un asunto muy importante.

Le pasé el receptor.

—¿Lord Burke? —dijo—. Sí… Desde luego… No se preocupe… Sí, lord Burke, cuente con ello.

Oí que interrumpían la comunicación al otro lado.

—¿Quieres ser formal, Tony?

—He sido formal durante demasiado tiempo. A partir de ahora, tendrás conmigo a un antropófago.

—Pues debiste comer en la cocina.

—Prefiero este menú —la besé.

—Lo siento, pero nos tenemos que marchar.

—¿Qué has dicho?

—Que tú y yo vamos a salir de este apartamento. El coche de lord Burke estará abajo dentro de quince minutos.

—Oye, ¿de qué me estás hablando?

—No te lo quise decir hasta ahora, Tony, pero lord Burke quiere confiarte una misión.

—Ni hablar.

—Eres un investigador privado, Tony.

—Sí, soy un investigador privado, pero ahora me encuentro en mi casa con batín y zapatillas y son las nueve de la noche. ¡Y estuve esperando demasiado tiempo a que cocinases, hicieses café, y te sentases en el sofá!

Pamela me puso el dedo en los labios para silenciarme.

—Eres un encanto, un sol.

—Un primo —dije, y le mordí el dedo.

—¡Salvaje!

—Ya te lo dije, un antropófago.

—Tony, vas a ganar mucho dinero. Para ser exacta, te van a ofrecer doscientas libras.

Una lucecilla se hizo en mi cerebro.

—Pamela, el que estés aquí no fue debido al chaparrón. Habrías venido a mi apartamento aunque la noche hubiese sido estrellada.

—Sí.

—Tú esperabas esa llamada.

—Sí.

—Por menos de eso, Jack el Destripador se cargaba a una mujer.

—Pero tú no eres Jack el Destripador.

Cabeceé desalentado.

—Sí, tienes razón. Soy Tony el Idiota.

—Oh, no —se echó encima de mí—. Tú eres Tony el simpático, el ingenioso, el afable.

Ella se puso de pie y dijo:

—Hay que vestirse, Tony.

—¡No quiero vestirme! ¡Todo lo contrario!

—Tony, no puedes quedar mal ante lord Burke.

—¿Qué tengo yo que ver con lord Burke? ¡Es tu jefe, no el mío!

—Pero quiere ser tu cliente.

—Yo admito a mis clientes, y esta vez digo no.

—Muy bien. Si es tu decisión, lo siento. Sí, lo siento mucho,

Tony, porque hablé de ti a lord Burke como de un hombre dinámico, inteligente…

—No me engañarás dos veces.

—¿Crees que te he engañado?

—Me trajiste a una trampa.

—Tú crees que es una trampa porque me puse un p: ama tuyo, pero supón por un momento que no nos hubiésemos mojado. Yo misma pensaba sugerirte que remásemos una copa en tu apartamento, y sin cambio de ropa todo hubiera transcurrido con la mayor naturalidad, hasta que hubiese llamado lord Burke.

—¿Sabes lo que creo que eres, Pamela?

—¿El qué?

—Dinámica, inteligente…

—Gracias, querido.

—Eres una condenada mujer con sesos y eso es lo peor que le puede pasar a un hombre.

Me levanté y entré en el dormitorio pegando un porrazo.

Luego empecé a cambiarme, porque el coche de lord Burke estaría a punto de llegar.

CAPÍTULO II

Cuando llegamos a la mansión de lord Burke, nos salió a recibir un criado que hubiese hecho las delicias de una película de horror.

Se había producido un apagón en la casa, debido a la tormenta, y el criado traía un candelabro en la mano, con tres velas, y por ello su rostro parecía el de un cadáver viviente.

—Buenas noches, Paul —dijo Pamela.

El criado se inclinó y dijo con voz ronca:

—Buenas noches, señorita Pamela —pero lo mismo podría haber dicho: ¡Bajen al sótano, los vampiros esperan!

El chófer de lord Burke había conducido con rapidez el «Rolls Royce» último modelo. Apenas había visto al chófer porque entre su asiento y el posterior existía un grueso cristal. Sólo había distinguido su perfil, era de nariz aguileña. Nunca había bajado de su asiento, seguramente para no mojarse, y al llegar junto a la escalinata, llevó el auto a la cochera de la casa. Pamela me había dicho que el chófer se llamaba Eddie Herschel, que llevaba un año trabajando para lord Burke y que era poco hablador.

—Síganme, por favor —dijo Paul.

A ambos lados de un corredor había otros candelabros que arrojaban sombras fantasmales sobre los cuadros de época que cubrían las paredes.

Entramos en una biblioteca y Paul se retiró.

El enorme salón estaba parcialmente sumido en la oscuridad. Sólo el fondo estaba iluminado por un candelabro de cinco velas colocado sobre una amplia mesa llena de documentos.

En un sillón de alto respaldo estaba sentado un hombre. Podría tener setenta años o noventa y cinco. Su piel era reseca, la nariz recogida hacia abajo y la boca contraída por las comisuras en un rictus amargo, pero lo que más llamaba la atención de ese rostro eran los ojos, unos ojos verdes, vivaces, llenos de fuego.

—¿Se mojó, Pamela? —dije el anciano con voz bien timbrada, casi enérgica.

—Muy poco. Recibí ayuda del señor Mitchell.

—¿Cómo está, señor Mitchell?

Sentía deseos de decirle: «Muy fastidiado, viejo. Usted me estropeó un plan de campeonato». Pero pensé que le sentaría mal y por eso le dije:

—Voy tirando, lord Burke.

—¿Quiere sentarse?

Me senté en un sillón, a la derecha.

—¿Quiere un *whisky*, señor Mitchell?

—No, gracias.

—¿Un cigarro?

—No, gracias.

—Pamela —dijo lord Burke.

—Sí, a ella sí la quiero.

—¿Cómo ha dicho?

—Oh, perdón creí que seguía ofreciéndome cosas.

Mi chiste había sido bueno, pero él me miró como si yo fuese un gusano.

—Pamela —repitió—, ¿quiere alargarme el *dossier*?

Pamela le alargó una carpeta que sacó de un armario.

Lord Burke abrió la carpeta y, tras consultar unos papeles, dijo:

—Señor Mitchell, tengo amplias referencias de usted. A través de su trabajo ha demostrado ser un hombre en el que se puede confiar.

—Muy amable.

—Aunque, a veces, ha hecho cosas que yo no aprobaría.

Se refería a que soy un tipo que no rehúye una pelea, un sujeto que no se acobarda ante cualquier escarabajo de la política, un individuo que si le golpean va a por más, y que también procura golpear fuerte. Me conocían en muchos lugares de Europa y, como es natural, también la policía de casi todos los países de Occidente me consideraba como un tipo a vigilar. En cierta ocasión, fui de vacaciones a Niza, y siempre llevaba detrás de mí a dos agentes franceses. No se quisieron creer lo de las vacaciones. Al cabo de una semana, los agentes pidieron el relevo porque estaban muy malitos. Durante los siete días me dediqué únicamente a las mujeres.

—A pesar de eso, señor Mitchell —prosiguió el lord—, quiero confiarle el trabajo de encontrar a mi nieta.

Ya había puesto el huevo.

—¿Qué pasa con su nieta, lord Burke?

—Se escapó de casa.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿No ha vuelto a saber nada de ella?

—En absoluto. Ni una palabra.

—¿Qué edad tiene?

—Diecisiete años.

—¿Nombre?

—Olivia Burke.

—¿Dónde están sus padres?

—Su padre murió. Era mi único hijo. Sara, su madre, se volvió a casar. Vive con su segundo marido.

—¿Cómo se llama la madre?

—Sara Wayne.

—¿Y el nuevo marido?

—Harry Wayne, pero no es tan nuevo. Sara y Harry se casaron hace ocho años.

—¿Por qué se fue Olivia?

—Dejó una carta. Puede leerla.

Pamela entró en funciones otra vez. Recibió la carta de lord Burke y me la entregó. Decía así:

> «Querido abuelo, no puedo soportarlo más. Me marcho para no regresar nunca. Por favor, no me busquéis».

Luego estaba la firma de Olivia.

Clavé los ojos en los de lord Burke.

—Aquí no dice nada, y yo le pregunté por qué se fue Olivia.

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no lo quiere decir?

Lord Burke se estiró en la silla.

—No me gusta su tono, señor Mitchell.

—Si quiere que trabaje para usted, tendrá que acostumbrarse a mi tono.

—Ya leí en los informes que es usted un impertinente.

—Lo soy cuando es necesario, lord Burke. Hago siembre lo que conviene a mi trabajo —me levanté—. Pero usted puede contratar a otra persona para que busque a su nieta.

Tabaleó con los dedos de la mano derecha sobre la mesa.

—¿Quiere sentarse, señor Mitchell? No le he despedido.

Ocupé otra vez el sillón.

—Señor Mitchell —siguió lord Burke—, mi nieta Olivia es una *hippie*.

—Ah, ¿sí?

—Me imagino que estará al corriente del movimiento *hippie*.

—He leído mucho sobre el particular y veo muchos *hippies*. Están por todas partes. ¿Tiene eso algo que ver con la fuga de Olivia?

—Lo ignoro, pero podría ser.

—¿Supone que ella aborrece el mundo en que vive? —Miré alrededor de la habitación, aunque se podía ver muy poco—. ¿Quizá Olivia renunció a estos lujos porque se consideraba una *hippie* auténtica y por tanto debería vivir como los demás *hippies*?

—Me importa un rábano todo eso, señor Mitchell.

—¿Y por qué?

—Considero todo lo *hippie* como una estupidez. Esos jovencitos no saben lo que quieren ni lo que hacen.

—Yo creo que sí.

—¿Eh?

—Que creo que saben lo que hacen y lo que quieren. Ellos pretenden una sociedad mejor y, como no están conformes con la que tienen y les repugna la violencia, han decidido no soportarnos al resto. En resumen, que no entran en el juego, lord Burke.

—Me sigue pareciendo una estupidez.

—Es cuestión de opinión.

—No lo he llamado para oír su defensa de los *hippies*.

—Adelante, lord.

—Mi nieta tiene un amigo. Es el que más frecuenta Se llama Jack Creasy, de veinte años. Lo trajo aquí una vez.

—¿Y se lo presentó?

—No, no me lo presentó. Sorprendí a mi nieta en su habitación con él.

—¿Hacían algo malo, lord Burke?
—Jack estaba contando una extraña aventura a Olivia.
—¿Qué extraña historia?
—Una fábula. Supuestamente, Jack había dado la vuelta al mundo subido a un asno volador… En eso perdían el tiempo.
—Claro, usted a los veinte años hacía otras cosas con las chicas.
—¡Señor Mitchell!
—Disculpe, lord, se me fue la lengua.
—Espero que no lo repita.
—Necesito una fotografía de su nieta.
El lord entregó un sobre a Pamela y ella, como antes, me lo pasó.
En el sobre había dos fotografías.
En la primera, Olivia usaba pantalones y blusita corta. Era muy mona, delgada, aunque todo en ella era pronunciado, y sus ojos parecían muy grandes.
En la otra fotografía estaba sentada en la hierba. Era casi un primer plano de su rostro, y llegué decididamente a la conclusión de que era muy bella, pero sus ojos eran tristes.
Devolví las fotografías al sobre y lo guardé en el bolsillo.
—Imagino que Olivia y Jack Creasy se reunirían en algún sitio.
—En el club de la Margarita. ¿Se da cuenta qué nombre tan ridículo?
—A mí no me lo parece, lord. Me gustan las margaritas. Y cuando paseo alguna vez por el campo, cojo una margarita y la deshojo para saber si me quieren o no me quieren.
El lord se puso blanco.
Pamela tosió suavemente y le dije:
—Deberías beber un trago de *whisky*, Pamela, ya sabes, por el resfriado. Fue una lástima que nos marchásemos.
Pamela se iba a desmayar y el lord dio un respingo en el sillón al oír aquellas palabras.
Al fin, el magnate reaccionó y dijo:
—Ya puede ponerse en marcha. Le pagaré doscientas libras cuando me haya devuelto a Olivia.
—¿Y si no se la devuelvo?
—Tiene que traerla aquí, señor Mitchell —parecía que iba a estallar—. De todas formas, si fracasase le pagaré los gastos y los

honorarios que acostumbra a cobrar. Pero entiéndalo, señor Mitchell, quiero que Olivia esté aquí mañana.

—¿Y por qué no pasado?

—Mañana, señor Mitchell.

Otra vez me sentí tentado de mandarle al diablo. Respiré profundamente y me serené un poco.

—¿Dónde está la madre de Olivia? —inquirí.

—En una fiesta con su marido.

—¿Sabes ellos que Olivia se marchó?

—No, no lo saben.

—¿Cómo se lleva Olivia con su madre y con Karry?

—Apenas se ven. Sara y Harry hacen una intensa vida social.

—Está bien, lord Burke, trataré de encontrar a su nieta.

—Imagino lo que está pensando.

—¿Qué cosa?

—Yo no le agrado a usted.

—Si, es cierto, no me agrada, lord.

—Pero pago bien y usted hará su trabajo por las doscientas libras.

—Se equivoca, lord. Tengo ganas de saber más de Olivia y sólo lograré satisfacer mi curiosidad encontrándola. Hasta la vista.

Salí con Pamela de la biblioteca y al llegar al vestíbulo ella dijo:

—Tengo todavía la carne de gallina. ¿Cómo te atreviste a hablarle así?

—Es mi forma de ser, nena.

La rodeé por la cintura y la besé.

—Traidora —le dije y salí de allí.

CAPÍTULO III

El club de la Margarita se ubicaba en una callejuela con poca luz.

Era un tugurio con una estrecha y empinada escalera de caracol. Bajé por allí, pero tuve que detenerme para dejar paso a una pareja que subía. No supe quién era él, porque los dos llevaban mucha melena y ambos vestían con ropas varoniles.

La atmósfera era más espesa que afuera, y en la calle no se podía ver a más de un metro.

Estaba en marcha una sinfonía que desparramaba música de instrumentos eléctricos y una serie de aullidos, algo así como marramamiau-crasgh marramamiau-zung-zung-marramamiau, y así otras veinte veces más.

Alguien me pisó.

—Marramamiau —dije.

—Perdone —dijo una voz—. Es que no se ve.

Entre la nube de humo vi la cara de una muchacha. No podía tener más de quince años, y era esbelta.

—¿Dónde está Jack? —le pregunté.

—¿Qué Jack?

—Jack Creasy.

—Por ahí —dijo, y se marchó.

De modo que, con aquella información, me fui por ahí, hacia el norte. Encontré unas mesitas, pero todas ellas estaban ocupadas. Un muchacho hablaba al oído de y una muchacha mientras tenían las manos cogidas. Ella se rió y dijo que sí, y entonces él le mordió la oreja.

Otra chica muy jovencita estaba fumando un puro. Su compañero tenía la cara muy junta a la de ella, y la chica chupaba el puro y arrojaba el humo en la cara de su compañero, el cual parecía en éxtasis.

—Más —dijo él.

Ella dio una larga chupada al puro y le metió como dos kilos de humo en el rostro. El muchacho se puso a dar mordiscos al humo Cogí una servilleta que vi en el suelo y se la di.

—Límpiate la boca, hijo, y que aproveche.

Seguí adelante.

—Canta, Jack —dijo una voz.

Era otra jovencita. Tenía una guitarra entre las manos. A su lado estaba el muchacho al que se dirigía y podía tener veinte años. Era guapo, aunque melenudo y se cubría con una camisa de chillones colores y un pantalón de pana.

—¿Qué quieres que cante, Anne?

—«Dame, dame, dame».

Ella rasgó la guitarra y Jack se puso a cantar «Dame, dame, dame».

Yo tenía interés por saber qué era lo que quería que le diesen. Pero tardé como diez minutos en saberlo Era una rosa.

Me senté al lado de Jack cuando terminó su canción.

—¿Jack Creasy?

Me miro como si yo fuese de Scotland Yard.

—Sí, soy yo, ¿qué quiere?

—Me interesa hablar con una amiga suya.

—Lo siento, pero no le presentaré a nadie.

—¿Por qué?

—No hacemos amistad con los forasteros.

—Esta vez será la excepción.

—No habrá excepción. Hasta la vista.

No me moví de la silla.

Jack se dirigió a su compañera.

—¿Qué quieres que te cante ahora, Anne?

Yo contesté:

—«Silba, silba, silba».

Jack me miró otra vez.

—¿Todavía está ahí?

—Me interesa hablar con Olivia Burke.

No se inmutó.

—¿Olivia?

—Sí, eso dije.

—No la he visto.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unos tres días. Déjeme en paz, ¿quiere? —No puedo dejarte en paz, Jack— le tuteé.

—¿Hizo algo malo Olivia?

—Se marchó de su casa.

—Eso no es nada malo.

—Alguien está preocupado por ella.

—No me haga reír.

—No lo digo para que te rías, Jack.

—¿Su mamaíta del alma?

—No.

—No me diga que ese padrastro sanguijuela.

—¿Por qué le llamas así?

—Se casó con la madre de Olivia para vivir a costa de ella.

—Soy investigador privado.

—Qué sorpresa —dijo con ironía—. Hasta ahora le confundí con Marión Brando.

—No me contrató la mamita del alma ni el padrastro sanguijuela.

—Conque fue el abuelito de las barbas blancas. —Estuve con él y no tiene barbas blancas.

—Oh, perdón, debí decir del alma negra.

—Tampoco me enseñó el alma.

—Hay cosas que se ven sin que las muestren, Marlon Brando.

—Mi nombre es Tony Mitchell.

—Si no le importa le seguiré llamando Marión Brando. Usted se parece mucho a él.

—Si me vuelves a llamar Marión Brando, te hago tragar esa guitarra con cuerdas y todo.

—No se ponga así.

—Empecemos otra vez por el principio, Jack. ¿Dónde está Olivia?

—No lo sé.

—Tú eres su mejor amigo.

—Se lo dijo el abuelete, ¿eh?

Cerré los ojos y los volví a abrir.

—Muchacho, me estás cansando.

—Yo no le invité a que se sentase, Marión, quiero decir, Tony.

—¿Dónde puede estar?

Se echó a reír.

—Oiga, ¿quién de los dos es el investigador privado?

—Yo, ¿y qué eres tú, Jack?

—Un joven que quiere vivir su vida y que no le gusta que le metan en líos.

La muchacha llamada Anne rasqueó de nuevo la guitarra y empezó a cantar:

«Un día llegó Marión Brando».

Pero no me enamoró.

Era feo, feúcho, feo.

Y por eso se evaporó.

Di palmaditas para obsequiaría por su canción y me levanté.

—Ya me evaporo, pequeña.

—No me voy a morir de dolor —repuso ella.

—Yo os voy a echar de menos —sonreí—. Jack, si me has engañado y sabes dónde está Olivia, te haré pasar un mal rato.

Me contestó con otra sonrisa.

—Los he conocido más brutos que usted, Tony. Casi todos los días nos tenemos que enfrentar con ellos.

—Te equivocas, hijo. No soy uno de ellos. Siempre os he tenido simpatía, pero, cada vez que me acerco a uno de vosotros, siento ganas de pegaros unos azotes en el trasero.

Me aparté de la mesa y fui al mostrador, que era atendido por dos hombres. Uno de ellos tenía ojos de lagarto y el otro una nariz que parecía la trompa de un elefante.

Ojos de Lagarto fue el que me atendió.

—¿Qué va a tomar?

—Un *whisky*.

Me puso el *whisky* y bebí un trago.

—¿Qué le debo?

Me lo dijo y yo agregué dinero para pagar media docena de *whiskys*.

—Lo que sobra es para usted, amigo.

—¿Por qué?

—Por información. Estoy buscando a Olivia Burke.

—No viene por aquí.

—¿Desde cuándo?

—No la he visto desde hace varios días.

Agregué dinero para otros tres *whiskys*.

—Es posible que alguien sepa dónde está —dijo.

—¿Quién?

—Jack Creasy.

—Ya hablé con él y no le pude sacar nada. Insiste en que no sabe nada de Olivia.

—Pruebe con Alain Steward.

—¿Está aquí?

—No, hoy no vino.

—¿Y quién es Alain Steward?

—Un corredor de bólidos.

—Es extraño que un corredor de bólidos venga por aquí.

—Entiendo lo que dice. Un corredor de bólidos es un hombre activo y estos muchachos parecen que nacieron cansados.

—Algo así.

—Alain simpatiza con todos. Desde siempre le ha gustado la velocidad. Ganaría mucho dinero como piloto de pruebas. Es un tipo arriesgado, con un valor escalofriante, pero no se quiso contratar por un sueldo. En eso es igual que los demás. Tiene un par de coches que arregló él mismo y acude a las pruebas para jugarse el pellejo, pero no quiere hacerse profesional. Ésa es otra diferencia.

—Un tipo interesante… ¿Dónde lo puedo encontrar?

—Vive en un hotel…

Guardó silencio y eso quería decir que necesitaba más golosina. Metí unas moneditas por la ranura de sus dedos y la máquina se puso a hablar.

—Hotel Concorde. Está en esta misma calle, al final. ¿Acepta un consejo?

—Si es bueno…

—Cuando llegue al hotel, diga a Gardner, el del registro, que necesita hablar con Alain Steward por algo relacionado con los coches.

—Gracias.

Salí del local y la sinfonola cantaba: Marramamiap crasgh-crasgh-marramamiau-zung-zung marramamiau…

CAPÍTULO IV

Entré en el hotel Concorde y me acerqué al registro donde había un hombre con la nariz muy chata. Debía ser Gardner.

—Vengo a hablar con Steward —dije—. Quedé citado con él. Soy Tony Mitchell, el manager de los pruebas automovilísticas de Everton. Un día de éstos voy a dejar la profesión. Sólo me da malos ratos. Imagínese, tenía a veintidós corredores comprometidos y ya me fallaron seis. Aquí me tiene en busca de gente. Espero que Steward pueda solucionar mi problema. El conoce a muchos pilotos.

Había escuchado atentamente. Debía pasar la vida muy aburrida en aquel registro. Vi al otro lado un montón de revistas de chicas con poca ropa.

—Todos tenemos motivos para quejarnos —dijo.

—¿Usted también? Sí, me hago cargo. ¿Cuál es la habitación de Steward?

—La treinta y dos, segundo piso.

Le di las gracias con la mano y subí en el ascensor al segundo piso. Llamé con los nudillos en la puerta 32. Me abrió un muchacho de cabello rubio, rostro de facciones varoniles, mentón cuadrado. Podía tener veintidós o veintitrés años.

—¿Qué quiere?

—Hacer preguntas.

—¿Sobre qué?

—Olivia Burke.

—¿Por qué la busca?

—Para que me acompañe a casa.

—Pues suerte.

Fue a cerrar la puerta, pero puse el pie.

—Steward —le dije—, tengo que hablar con usted.

—Ya habló, y ya terminamos.

—¿Por qué no coopera?

—No me gustan los polis.

—No soy un poli. Sólo un investigador privado. Tony Mitchell.

—Qué risa.

—¿No hay diferencia para usted?

—Ninguna. Y ahora adiós.

—Tiene que ayudarme, Steward.

—No, sabueso, no le ayudaría por nada del mundo.

Pegué un empujón a la puerta y me metí en la habitación.

Steward recibió un golpe y se tambaleó. Estaba en camiseta, con pantalones azules. Era musculoso, con dos buenos bíceps.

—Quiere pelea, ¿eh? —Gruñó.

—No, no quiero pelea.

—Pues la va a tener.

—Sólo me interesa encontrar a Olivia. Estoy haciendo mi trabajo, Steward. Usted es corredor de bólidos. ¿Le gustaría que alguien le impidiese correr?

—No es lo mismo, sargento. Lo mío es limpio y lo que usted hace es una porquería.

—Usted lo ve de una forma y yo lo veo de otra.

—Lo veo de la única forma que se puede ver. Va por los basureros, buscando entre la podredumbre.

—Suponiendo que su comparación sea buena, alguien tiene que hacer ese trabajo.

—Claro, los puercos. Y ahora, fuera.

—O si no, ¿qué?

—Lo sacaré a golpes, Tony Mitchell.

En aquel momento oí un gemido.

Había salido de una boca femenina. Estaba seguro de ello. Miré una puerta del fondo.

—¿Quién hay ahí, Alain?

—No es asunto suyo.

—Quiero ver a una persona.

—Usted sólo va a ver una cosa.

—¿El qué?

—Las estrellas.

—Alain, no se meta en ningún lío. Y si se metió, salga ahora, porque es su oportunidad.

—¿Qué más, abuelita?

—Apártese. Voy a entrar en esa habitación.

—¡No lo intente! —gritó—. ¡Dé media vuelta y muévase hacia la puerta!

No di media vuelta ni tampoco fui hacia la puerta. Me dirigía a la habitación del fondo.

Alain saltó sobre mí.

Lo esperaba, y si me hubiese cazado con sus puños habría renunciado a mi licencia para dedicarme a vender papas en los *music-halls*.

Sus nudillos me rozaron el cuello y me abrasaron la piel. Aproveché su viaje para hundirle el puño en el estómago. No dejé que se cayese. Le hice rodar golpeándole con suavidad en el hombro y luego usé de nuevo la derecha cascándole el cuadrado mentón.

Cayó en el suelo y se movió débilmente. Trató de ponerse de rodillas, pero un segundo después se derrumbó como una rana, haciendo chocar la mejilla contra la alfombra.

Abrí la habitación del fondo.

Estaba a oscuras.

Oí una voz femenina que dijo débilmente:

—Alain, me la tienes que dar. La necesito.

Di la vuelta al conmutador.

La estancia se iluminó. En la cama había una joven que se cubría con una combinación negra.

Se puso un brazo en la cara.

—Apaga, Alain. No puedo resistir la luz.

No apagué naturalmente. Fui hacia ella y le quité el brazo de la cara. No era Olivia Burke. Podía tener dieciocho o diecinueve años y era bonita.

—¿Quién es usted?

—Tony Mitchell. Estoy buscando a Olivia Burke.

—Váyase al retrete.

—¿Por qué?

—Olivia se escapó por el desagüe. Se la llevó el agua. Métase por la tubería. Quizá la alcance antes de llegar al río…

—Te van a dar un premio por el ingenio.

—Usted y Olivia deben reunirse pronto. ¿Sabe para qué? ¡Para que se vayan al infierno…! ¡Alain…! ¿Dónde estás, Alain?

—Está durmiendo.

—¿Durmiendo? No diga tonterías. Ya durmió bastante.

Le enseñé el puño derecho y ella agrandó los ojos y se humedeció los labios con la lengua.

—¿Usted le ganó a Alain?

—Sí.

—No me lo creo.

—Sal y lo comprobarás.

Dio un tirón desasiéndose de mi mano y puso los pies en el suelo. Se levantó, pero estuvo a punto de caer. Se fue cogiendo a los muebles y por el marco de la puerta. Fui con ella. Estaba asombrada mirando a Alain tendido en el suelo.

—Nadie había ganado a Alain —dijo.

—Tuve suerte.

Volvió la cabeza y de pronto me pegó un zarpazo.

Sus uñas me habrían rasgado la cara si no la retiro a tiempo. Luego saltó sobre mí como una tigresa.

—¡Ha matado a Alain…! ¡Le ha matado!

Los dos caímos al suelo.

—No le he matado. Sólo está sin conocimiento.

Tenía una fuerza poderosa, como si le hubiese dado un ataque de locura.

—¡Le voy a destrozar, bastardo!

Me pegó con el puño en las narices. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Me estaba golpeando con las rodillas, con los codos, con todo lo que podía. No tuve más remedio que pegarle también. Le solté una bofetada que sonó como el estallido de un cohete. La joven cayó de espaldas y yo aproveché aquellos instantes para ponerme en pie, lejos de ella, por si me volvía a atacar.

Se arrodilló en el suelo y se echó a llorar.

—Es usted un canalla por pegar a una mujer.

—Tú no eres una mujer, sino una fiera.

—Quiero perderle de vista.

—Tú y él me perderéis de vista en cuanto me deis la información que vine a buscar. ¿Dónde está Olivia Burke?

Se levantó. Tenía la cara llena de lágrimas.

—Debo arreglarme.

Caminó hacia el cuarto de baño.

—No tardes más de cinco minutos. ¿Cuál es tu nombre?

—Raquel.

—¿Raquel, qué más?

—Raquel Morgan.

Entre en el cuarto de baño y cerró la puerta. Oí cómo pasaba el pestillo.

Alain ya se estaba levantando.

Buscó el apoyo de un sillón y movió la cabeza de un lado a otro buscándome con la mirada.

—¿Todavía está ahí, sabueso?

—Sí, aquí me tienes.

Se dirigió hacia mí todavía con paso inseguro. Retrocedí en el interior del dormitorio. Alain se apoyó en el marco y miró la cama vacía.

—¿Dónde está ella?

—En el cuarto de baño.

Echó a correr hacia el cuarto de baño y golpeó la puerta.

—Abre, Raquel.

Ella no contestó.

—¡Quiero que abras, Raquel…! ¡Te lo ordeno! —gritó con más fuerza mientras seguía aporreando la puerta. Tampoco obtuvo respuesta.

Se volvió hacia mí con la respiración jadeante.

—¡Maldito sabueso!

—¿Dónde está Olivia?

—Y yo qué sé.

—Tendrás que decírmelo.

—¿Sabe adónde le voy a mandar?

—Sí, ya lo sé. Y me estoy cansando de oír bravatas. La puerta del cuarto de baño se abrió. Allí vi a otra Raquel.

Estaba resplandeciente, los ojos muy brillantes, con una sonrisa en los labios.

—¿Peleáis por mí? —dijo.

Alain corrió hacia ella y le cogió el brazo derecho y la miró con atención.

—¿Por qué te pegaste el jeringazo?

—Alain, no digas eso.

—¡Maldita, te voy a romper los huesos! Te dije que te estuvieses quieta —le soltó una tremenda bofetada y la joven se tambaleó

hacia el rincón más cercano a la cama.

Pero en lugar de sentirse humillada, sonrió a Alain.

—¿Por qué no despachas al sabueso, querido? Dile ya lo que quiere saber.

—Cierra el pico.

—Se lo diré yo.

—¡He dicho que cierres el pico!

Fue a pegarle otra vez y yo corrí. Se detuvo a mitad de camino y giró para golpearme.

Alain no estaba en condiciones de entablar otra pelea. Burlé fácilmente su puño y, como no quería hacerle daño, le pegué con la mano abierta en el hígado.

Tuvo bastante para desplomarse, pero esta vez no quedó sin sentido. Yo conocía los efectos de aquel golpe. Empezó a sentir náuseas. Se levantó y echó a correr hacia el retrete.

Miré a la joven.

—Habla, Raquel.

—Olivia está con Pat Harrison.

—¿Quién es Pat Harrison?

—Un pintor.

—¿Dónde vive?

—Cerca de aquí, en la calle Proctor, número ochenta y siete, séptimo C.

—Gracias.

—Lárguese y no vuelva por aquí.

—No volveré si me has dicho la verdad.

—Le daría dinero encima si usted lograse que Olivia no viese más a Alain.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana que se vean.

—Eso no depende de mí, ricura. Y un consejo: Deberías abandonar esa cochinada del jeringazo. Empiezas a estar muy mal. Métete en un sanatorio.

—Tírese al río.

—Tú puedes aparecer en el río antes que yo.

—Déjese de sermonear. Estoy harta. Por poco mata a Alain. ¿No sabe ya lo que quería?

—Hasta la vista —le dije, y me marché.

CAPÍTULO V

Subí en un destartalado ascensor hasta el séptimo piso, que era el último. Apreté un timbre y pasaron treinta segundos. Volví a oprimir el botón y al fin un Tipo de unos veintisiete o veintiocho años, moreno, de facciones enjutas apareció.

—¿Pat Harrison?

—Sí.

—He venido para llevarme a Olivia.

—¿Olivia? ¿Qué Olivia?

—Ya perdió, amigo —dije y, apoyándole la mano en el pecho, le empujé al interior.

Entré en la habitación y cerré la puerta a mis espaldas. Pat Harrison me miró parpadeante.

—¿Quién infiernos es usted?

No valía la pena engañarle, de modo que se lo dije:

—Tony Mitchell, investigador privado.

—Ella no está aquí.

—¿De veras?

—Se lo aseguro.

Vi cuadros apoyados en las paredes. Unos estaban terminados y otros no. En un caballete había un lienzo y la pintura estaba fresca. Una figura de mujer. Un desnudo. Era Olivia.

—Conque ella no está, ¿eh? —señalé el cuadro.

—La estuve pintando ayer, pero ya se fue.

—¿Adonde?

—No me lo dijo.

—¿Cuándo volverá?

—Tampoco lo dijo.

—Pat, usted no se ganaría la vida como político. No sabe mentir.

Se abrió la puerta a la izquierda y apareció Olivia Se cubría con una manta de colores y sus pies estaban desnudos.

Era más bonita al natural que en las fotografías.

—Vístete, Olivia —le dije.

—Qué simpático —dijo con un mohín de desprecio—. ¿Por qué?

—Nos tenemos que marchar.

—¿Adonde?

—A tu casa.

—No le acompañaré a ninguna parte.

Chasqueé la lengua.

—Te llevaré aunque tenga que meterte en un saco. En sus ojos destelló la furia.

—¡No quiero ir a mi casa! ¿Lo entiende, como quiera que se llame?

—Tony Mitchell.

—Perdió su tiempo, Tony Mitchell.

—Eso está por ver.

—¿Quién le contrató?

—El abuelo.

—Debió estarse quieto.

—Te quiere mucho.

—Yo no quiero su cariño.

—¿Y por qué no?

—No le voy a contar la historia de mi vida, Mitchell. —Tampoco yo la quiero escuchar. No tenemos tiempo para contarnos folletines.

Ella echó a andar y se detuvo ante un sofá. Cogió un bolso, se volvió y tiró algo al suelo, a mis pies. Era una bola de billetes.

—Ahí tienes dinero.

—No te pedí para caramelos, Olivia.

—Son cincuenta libras, bestia.

Le pegué un puntapié a la bola de billetes, la cual hizo el viaje de regreso hacia ella.

—Le daré otras cincuenta mañana.

—¿Y cuánto pasado mañana?

—¿Quiere hacerme chantaje?

—Sólo estaba bromeando. No quiero tu dinero. —¿Cuánto le prometió mi abuelo?

—No te importa.

—Yo le daré el doble si dice que no me ha encontrado.

—No hago esas cosas.

—Ponga precio, bestia.

—Nada de eso. Te vistes tú o te visto yo, pero te ad vierto que soy un manazas.

Pat Harrison había estado mudo hasta entonces, y ahora habló:

—Mire esta pistola, Mitchell.

Le miré y vi la pistola que había sacado de un cajón. Era pequeña, como las que usan las mujeres, aunque también matan. Miré su cara y le vi asustado.

—Guarde eso, Pat.

—Márchese de aquí.

Su mano temblaba y eché a andar hacia él.

—Quédese quieto, Mitchell.

—Deme esa pistola.

—Si no se está quieto, me obligará a disparar.

—Usted no va a disparar porque no es un asesino.

Olivia gritó:

—¡Dispara, Pat!

Sentí ganas de abofetearla, porque Pat podía envalentonarse. Sin embargo, llegué ante Pat y le pegué en la mano.

—¡No puedo, Olivia…! ¡No puedo! —gritó y dejó que le quitase la pistola.

Pat apoyó la cabeza en la pared, dándonos la espalda y dijo:

—Lo siento, Olivia.

Olivia le gritó:

—¡Eres un maldito cobarde!

—Sí. Olivia, tienes razón. Soy un cobarde. Siempre he tenido miedo. Se me metió en el tuétano durante la guerra, con los bombardeos. Yo tenía dos o tres años, pero vivía rodeado de miedo. Comí miedo y bebí miedo.

—No nos hagas una escena —le dijo ella con rabia.

Pat sacudió la cabeza y guardó silencio.

Olivia me miró con sus grandes ojos.

—¿Está decidido a llevarme, Mitchell?

—Sí.

—Entonces usted será el culpable de lo que pase.

—¿Qué va a pasar?

—¿Sabe por qué huí de mi casa?

—Se cansó de aquello.

—Ésa es una respuesta muy vaga.

—¿Cuál es la concreta?

—No quise matar a una persona.

Hubo un silencio.

—¿A qué persona? —pregunté.

—A usted le debe bastar.

—No, no me basta.

—No, claro. Es un investigador privado y quiere llegar al fondo de todas las cosas.

—Ya has dado la explicación. Contesta ahora.

—No quiero matar a Harry Wayne. Y si estoy allí, terminaré matándolo.

—No simpatizas con él, ¿eh?

—Es algo peor. Le odio.

—Es normal que una persona odie a algunos de sus semejantes, pero no por eso se está dispuesto a matar.

—Yo sí.

—Sabrás contenerte como nos contenemos todos, Bueno, casi todos… Vivimos en una comunidad. Hay cosas de nuestros vecinos que nos molestan, pero debemos soportarlo, como nos soportan ellos.

—¿Y qué hace usted cuando se siente molesto con alguien de la comunidad? Se aleja de él. Usted no quiere su amistad y decide apartarse de su lado, y con eso soluciona el problema. Y llega un momento en que lo olvida. Pero ¿qué me dice de una persona a la que odia y con la que tiene que vivir bajo el mismo techo? ¿Cómo prescinde de él? —hizo una pausa—. No, señor Mitchell. Yo no puedo prescindir de Harry.

—Sé que lo ves de tarde en tarde. Harry y tu madre están preocupados por la vida social. Tú tienes tus amigos y apuesto a que pasan semanas sin que te veas con Harry.

—Es cierto. Muchas veces, Harry no está físicamente conmigo, porque se halla lejos, pero noto su presencia, la presiento, y le aseguro que es espantoso… No lo resisto… ¡No quiero pasar otra vez por eso!

—¿Se lo has explicado a tu abuelo?

—No.

—Explícaselo.

—Él no me entendería.

—Quizá sí. Tengo la impresión de que él tampoco simpatiza con Harry.

—Si vuelvo a casa, seguiré viviendo allí, y otra vez veré a Harry, y otra vez lo presentiré a mi lado aunque esté muy lejos.

Cogió su bolso y me lo arrojó. Lo atrapé en el aire.

—Busque ahí, señor Mitchell.

Saqué varias cosas, un lápiz de labios, una polvera, un pañuelo y por último un pequeño frasco que contenían un polvo blanco.

—Mire lo que tiene en la mano —dijo ella—. ¿Sabe lo que es?

—Dímelo tú.

—Cianuro.

—¿Para qué lo quieres?

—Para matar a una rata.

—¿Se llama Harry Wayne?

—Era fácil, señor Mitchell, Ahí lo tiene explicado. No quise matarlo, pero compré el cianuro… No quise convertirme en una asesina y para ello solo podría hacer una cosa. ¡Marcharme! ¡Y fue lo que hice!

Pat Harrison observaba con ojos temerosos a Olivia.

—Olivia, no me lo dijiste.

—¿Para qué tenía que decírtelo?

Me guardé la botella en el bolsillo derecho de la chaqueta y dije:

—No puedo hacer nada por ti, Olivia. No soy psicólogo, sino un investigador privado que aceptó un trabajo.

—Conque ésa es su sentencia. Debo ir con usted a mi casa.

—Sí, Olivia.

—Muy bien, iré con usted en cuanto me vista. Pero recuérdelo. Si llega a pasar algo, usted tendrá parte de responsabilidad.

Echó a andar rápidamente y entró en la habitación de donde había salido.

CAPÍTULO VI

Viajamos en un taxi hasta la mansión de los Burke. Ni ella ni yo dijimos nada.

Me limité a fumar. Le ofrecí un cigarrillo, pero no lo aceptó.

Pagué la carrera.

Nos abrió el criado llamado Paul. Ya habían arreglado la avería de la luz, pero Paul me siguió pareciendo un buen elemento para una película de horror. Los directores debían preocuparse más de ver el mundo y ahorrarían dinero en maquillaje.

—¿Dónde está lord Burke? —pregunté.

—En la biblioteca.

Olivia dijo:

—Dígale que me ha traído, señor Mitchell. No quiero verle.

La cogí del brazo.

—Entrarás conmigo.

—¿Quiere mostrarme como su trofeo de caza?

—Sólo quiero que sepa que he cumplido mi misión.

—Está bien, capitán.

Entramos en la biblioteca.

Lord Burke no parecía haberse movido del sillón de alto respaldo desde que me fui.

—Hola, abuelo —dijo Olivia.

—¿Cómo estás, Olivia?

—Bien.

—Me has tenido preocupado.

Ella no dijo nada durante unos segundos.

—¿Puedo irme a mi cuarto, abuelo?

—Sí.

Olivia me dirigió una mirada de desprecio y salió de la biblioteca.

—¿Un *whisky*, señor Mitchell?

—Ahora se lo aceptaré.

—Puede servirse usted mismo.

Me serví *whisky* de un hermoso frasco de cristal. Bebí un trago. Era un buen *whisky* y eso era lógico tratándose de un lord que era a la vez un magnate de la industria pesada.

Estaba firmando algo. Me lo alargó por encima de la mesa. Era un talón por doscientas libras.

—Gracias por sus servicios —dijo—. Demostró que vale, señor Mitchell.

—Sé por qué se fue ella de su casa.

—Buenas noches, señor Mitchell —dijo.

Era una despedida. Estaba acostumbrado a que todo el mundo le obedeciese. Me senté en un sillón y crucé las piernas. Luego bebí un trago. Le miré y vi que estaba irritado, observándome con las cejas enarcadas.

—¿Le he pagado, señor Mitchell?

—Sí.

—Y fue la cantidad que establecimos.

—Sí.

—Entonces, ya hemos terminado.

—Todavía no.

—No quiero escuchar nada acerca de mi nieta.

—Me va a escuchar a pesar de todo.

—Señor Mitchell, no consiento que una persona se insolente conmigo, especialmente cuando estoy en mi casa.

—Olivia se marchó de aquí para no matar a su padrastro.

—¿Cómo?

—Quería asesinarle.

—Son tonterías.

—No son tonterías, lord Burke. Le aseguro que esa chica tuvo la intención de llevar a cabo su idea. Pero se arrepintió.

Se echó a reír.

—¿Lo encuentra divertido, lord Burke?

—Dígame, señor Mitchell, ¿cuántas veces ha sentido el deseo de matar a una persona?

—Muchas.

—¿Las mató?

—No.

—Le haré una confesión, señor Mitchell. Yo también he deseado matar muchas veces, muchísimas veces.

—No creo que a su nieta se le puedan aplicar esos ejemplos.

—¿Por qué no? Olivia le dijo que deseaba matar a Harry, pero no le mató. No hay ninguna diferencia.

Me levanté y puse la copa en la bandeja.

Regresé a la mesa y apoyé en ella las manos, inclinándome para estar más cerca de lord Burke.

—Si yo estuviese en su lugar, estaría preocupado, lord Burke.

Nos quedamos mirándonos a los ojos.

Yo lo había dicho todo y no tenía nada que agregar. Lo demás era cuenta de él y, naturalmente, de Olivia.

—Hasta la vista, lord Burke.

Salí de la casa y regresé a mi apartamento. Lo encontré muy solo sin Pamela.

Tomé una ducha caliente y me estaba secando con la toalla cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Enhorabuena, campeón.

Era Pamela.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté.

—Lord Burke me llamó para darme la buena noticia…

—¿Qué haces?

—Estoy en la cama. He pasado el rato leyendo.

—¿Y vas a continuar leyendo?

—No, Tony.

—Entonces, ven aquí.

—Eres muy exigente.

—Muy bien. Yo iré ahí.

—Tengo que estar a las ocho de la mañana en casa de lord Burke.

—No te preocupes. Me encargaré de que llegues a las ocho en punto.

—Quiero tener un sueño tranquilo.

—Te llevaré un sedante.

—¿Quién piensa en tomar un sedante…? Nos veremos mañana.

—Además de traidora, eres ingrata.

—Tú eres el ingrato. Te ayudé a ganar doscientas libras en unas

pocas horas. Te llamaré mañana.

—Pamela, espera.

Me mandó un beso por el cable y colgó.

Pegué un golpe en la horquilla con el receptor. La vida era un asco. Para variar, me puse a leer yo también, y como tenía ganas de fastidiarme leí todo lo que el diario traía acerca del Vietnam. Cuando quedé harto, me dormí.

A la mañana siguiente desperté como siempre, a las siete y media.

El cielo estaba plomizo y las calles mojadas. Puse en marcha el televisor y el tipo que pronosticaba el tiempo dijo que llovería durante el día y que las nieblas serían abundantes y que el mar en el Canal de la Mancha estaría movidito.

Comí huevos con tocino, jugo de tomate y luego café.

Me fui a mi oficina. Se ubicaba en un edificio donde hay otros cuatro investigadores privados, siete abogados, cuatro casas de seguros, tres dentistas, cuatro agentes de bolsa y una echadora de cartas.

Estuve tentado de ir a ver a *madame* Zargou para que me predijese el porvenir. Sólo por Pamela. Si volvía por mi apartamento acabaría con mis provisiones y sería interesante saber qué cantidad de carne, huevos y café tendría que comprar antes de que ella y yo llegásemos a un acuerdo definitivo.

No tengo ningún empleado.

En el casillero me hice cargo de la correspondencia. Las cartas de siempre. Anuncios y un par de acreedores. Todo el mundo quería cobrar. Con las doscientas libras quedaría limpio.

Estaba pendiente de que un amigo me llamase. Había probabilidades de que entrase a formar parte como investigador en un importante Sindicato de Joyeros. Dinero seguro. Comida segura. Al infierno la seguridad. Tendría que soportar muchas cosas del primer jefe, del segundo jefe, del tercer jefe y de sus ayudantes.

Sonó el teléfono.

—Oficina de Toni Mitchell —rezongué.

—Hola, Tony. Soy Henry Berenson.

Era el amigo que estaba haciendo las gestiones con el Sindicato de Joyeros.

—¿Cómo van las cosas, Henry?

—No muy bien para ti.

—¿Por qué?

—Están discutiendo los informes sobre tu persona.

—Entiendo. Y creen que van a contratar a Lucifer con rabo y todo.

—Algo así. La verdad es que los informes son poco favorables para ti. El jefazo ha dicho: «Tiene demasiado carácter».

—Me dieron muchas vitaminas de pequeño.

—Pudieron darte menos y las cosas serían más fáciles.

—En resumen, que no trabajaré en joyas.

—Yo no he dicho eso. Se reunirán mañana para decidir. Hay un elemento entre ellos que está a tu favor.

—Ah, ¿sí? Ese hombre conoce el mundo.

—Tratará de convencer a sus colegas de que eres el hombre que necesitan.

—Si lo que quieren es un tipo para trabajar, ése soy yo. Pero si lo que necesitan es un fulano para Relaciones Públicas, es preferible que me manden al infierno.

—Bueno, Tony, sólo quería advertírtelo para que veas que he cumplido mi parte.

—No lo dudé.

—Te llamaré pasado mañana, cuando sepa la respuesta definitiva.

—De acuerdo y gracias.

Colgó y yo también lo hice.

Enseguida volvió a sonar la campanilla del teléfono. Pensé que era otra vez Henry y que había olvidado algo en el buche.

—Tony —era Pamela.

—¿Sí?

—Ha pasado algo horrible… —Tragó saliva.

—Continúa.

—Olivia ha matado a su padrastro. A Harry Wayne.

CAPÍTULO VII

Me había dejado sin habla.

—Es espantoso, Tony.

—¿Cómo ha sido?

—Creo que con veneno.

—Espera un momento, Pamela.

Dejé el auricular en la mesa y metí la mano en el bolsillo derecho de mi chaqueta. Llevaba la misma que la noche anterior. Pero allí no estaba la botellita de cianuro. Estaba seguro de que aquél era el bolsillo donde había guardado la pequeña botella, pero me registré el otro, el izquierdo, y tampoco estaba allí.

Comprendí lo que había pasado. Olivia me había quitado la botellita mientras viajábamos en el taxi. Me golpeé la cabeza con el puño y de buena gana me hubiese seguido golpeando hasta arrancarme los sesos. ¿Pero qué sesos tenía yo? Quizá saliese un chorro de serrín.

Cogí otra vez el auricular.

—¿Quién hay ahí, Pamela?

—El abuelo, Sara y yo… Menos ella. Olivia desapareció. Quiero decir que nadie la ha visto…, lord Burke ha avisado a Scotland Yard… Llegarán de un momento a otro.

—¿Dónde encontraron el cadáver?

—En la biblioteca.

—¿Quién lo descubrió?

—Faul, el criado.

—¿Cuándo?

—Esta mañana a las ocho.

—¿Por qué no me llamaste antes?

—Yo no estaba en la casa. Tampoco me avisaron a mí. Vine a trabajar y me encontré con el drama.

—Imagino que esta vez Olivia no dejaría ninguna carta.

—No.

—¿Ha dicho lord Burke algo de mí?

—Por eso te llamo, por encargo de él.

—¿Qué quiere?

—Lo mismo, que la encuentres y la traigas.

—¿No debo entregarla a Scotland Yard?

El teléfono cambió de mano bruscamente porque oí el ladrido de lord Burke.

—¿Mitchell?

—Sí.

—Quiero que la encuentre y esta vez tendrá que darse más prisa. Y por favor, no quiero oír ninguno de sus condenados chistes.

—De acuerdo, no los oirá.

—Tengo miedo de que Olivia haga alguna tontería.

—Es posible.

—¡No me diga eso!

—Dígame lo que quiere oír y se lo repetiré.

—¡Le advertí que no quería escuchar sus chistes, Mitchell! Le pagaré quinientas libras esta vez.

—De acuerdo.

—Pero no recibirá ni un centavo si a ella le pasa algo. ¡La quiero sana y salva!

—Muy bien.

—Póngase a trabajar inmediatamente.

—Quiero hacerle unas preguntas.

—¡No hay tiempo para preguntas! —dijo y colgó con tanta fuerza que me hizo daño en el oído.

Me habían dicho que aquel día tendría mi coche, pero no tenía tiempo de ir al taller porque estaba demasiado lejos. De modo que tomé un taxi y di la dirección de la calle Proctor C. Le dije al conductor que le pagaría el doble si no cogía ningún embotellamiento. Me llevó por un camino más largo, pero más seguro y se ganó el premio.

Pulsé el timbre del séptimo C.

Pasaron cinco segundos y Pat Harrison me abrió la puerta restregándose los ojos.

—¿Otra vez usted?

—Buenos días, Pat —le contesté mientras entraba.

—¿Qué busca?

—Lo mismo que ayer.

—¿A Olivia?

—Sí, a Olivia.

—No está aquí, pensé que se quedaría en su casa después de llevársela usted.

—Estuvo allí, pero se quedó poco tiempo. El suficiente para matar a Harry Wayne.

Se quedó con la boca abierta.

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Llevó a la práctica su amenaza.

—No es posible.

—Y parece que utilizó el cianuro.

—¡Usted se quedó con el frasco!

—Me lo quitó mientras viajábamos en el taxi.

Pat apretó los maxilares.

—Usted es el culpable, señor Mitchell.

—Yo no le dije que matase a Harry.

—Olivia se lo advirtió. No quería regresar a su casa. Se había fugado por no matar a Harry Wayne… Y por añadidura, usted se dejó quitar el frasco de cianuro.

—Ande, desahóguese. Dígame estúpido, imbécil, lo que quiera. Pero necesito encontrar a Olivia.

—Ella no está aquí, pero como sé que no se conformará con lo que yo le diga, registre lo que quiera.

Entré en la habitación donde Olivia se había vestido. No, allí no había nadie. Fui al cuarto de baño sin resultado.

Regresé al estudio. Pat Harrison estaba sentado en el sofá, con la cabeza entre las manos.

—¿Adónde cree que habrá ido, Pat?

—Y yo qué sé.

—Debe tener una idea. Conoce a sus amigos. Puede haberse escondido con alguno de ellos, de la misma forma que vino aquí.

—No sé.

—Antes, antes de venir aquí, conocí a Jack Creasy y a Alain Steward… Quizá se fue con uno de ellos.

—Entonces pregunte a Jack Creasy o a Alain Steward y déjeme en paz.

Me dirigí hacia la puerta.

—Si trata de establecer contacto con usted, pregúntele dónde está.

—No soy un soplón, señor Mitchell.

—Se trata de hacerle un favor.

—Oh, sí, claro. Hará el favor de entregarla a los policías.

—Da la casualidad de que son los policías los que tienen que ventilar este asunto. Contra más tarde se entregue, más empeorará su suerte. ¿Dónde vive Creasy?

—En esta misma calle, en el número ciento catorce, cuarto piso, derecha.

Una vez en la calle encendí un cigarrillo. ¿Adónde iba primero, al hotel Concorde o al apartamento de Jack Creasy? Elegí el hotel.

El hombre del registro era el mismo que se aburría con las revistas de chicas desnudas. Ahora estaba leyendo un diario.

Al verme preguntó:

—¿Ya arregló su carrera?

—Casi. Sólo me falta solucionar dos o tres problemas.

Subí en el ascensor y poco después llamaba a la habitación 32. Me abrió Raquel. Parecía haber envejecido unos años desde la noche anterior. Me miró ansiosamente.

—Creí que era Alain.

—Pero soy yo.

—¿Qué quiere ahora, puerco?

Entré en la habitación. Raquel seguía cubriéndose tan sólo con la combinación negra. Se frotó el estómago.

—¿No vio por ahí a Alain?

—No, no lo vi. ¿Cuándo se fue?

—Yo estaba durmiendo. Desperté y no estaba a mi lado.

—¿Sabes algo de Olivia?

—Usted parece un disco rayado.

Fui al cuarto de baño. Por todas partes había suciedad. Un pequeño armario estaba abierto y en el segundo estante vi la hipodérmica.

—Oiga, Mitchell —ella había venido siguiéndome y estaba en el hueco de la puerta—, ¿me puede prestar un par de libras?

—No.

—Se las devolveré hoy mismo.

—Sé para qué las quieres. Para comprarte una carga. Eso no te conducirá a nada.

Ella apretó los dientes.

—La necesito.

—Lo único que necesitas es un tratamiento.

—¡Váyase al condenado infierno!

Se tumbó en la cama y se mordió el puño.

—¿Dónde habrá ido él…? ¿Dónde? Ya sé. Ha debido ser Olivia. Alain tuvo una llamada. Yo estaba entre sueños.

—¿A qué hora?

—Lo mismo podían ser las siete que las ocho de la mañana, y el muy bastardo se vistió y salió disparado. Eso debió ocurrir y yo estaba dormida.

—¿Qué clase de coche lleva Alain?

—Uno rojo. Se lo arregló él. Es un dos plazas.

—Piensa en dónde ha podido ir.

Ella se quedó reflexionando unos instantes y de pronto se puso a golpear la almohada con las dos manos.

—No lo sé… ¡No sé adónde ha podido ir…! Y tendría que saberlo porque sólo Alain me ayudará.

Eché a andar hacia la puerta.

—¿Adónde va? —me preguntó—. Deme las dos libras.

—No.

—Le di informaciones por valor de dos libras, maldito.

Salí y cerré.

Algo se estrelló contra la puerta cuando yo estaba bajando por la escalera y luego oí los sollozos de Raquel.

Estaba seguro de no encontrar a Olivia en el apartamento de Jack Creasy. Raquel había dado en el clavo. La llamada que Alain recibió un par de horas antes era de Olivia y, naturalmente, Alain habría ido a reunirse con Olivia. ¿Y si Creasy me dijese el lugar?

Me abrió Jack y también él se restregaba los ojos, porque acababa de salir de la cama.

Se cubría tan sólo con el pantalón del pijama.

—Hola, Jack —dije y entré.

—Eh, no le invité a pasar.

También estaba Anne, la guitarrista.

Apareció en el hueco de la cocina. Poseía esbeltas piernas.

—¿Ha venido a que le cantemos algo?

—Justo.

—¿Y qué canción prefiere?

—La de Olivia.

Jack exhaló el aire.

—Oiga, llamé a Pat Harrison y me dijo que usted se había llevado a Olivia. ¿Es que la volvió a perder?

—Sí.

—Pues debería dedicarse a otra cosa. Lo de la investigación lo hace bastante mal.

—La dejé en su casa, pero hoy se marchó.

—Eso era fácil que ocurriese.

—¿También era fácil que matase a Harry Wayne?

—¿Qué es lo que ha dicho?

—Asesinó a su padrastro.

—No le creo ni aunque me lo jure.

—No te lo voy a jurar. Sólo quiero que me digas dónde puede estar ella. Se reunió esta mañana con Alain Steward.

—No lo sé. Pero si lo supiera, tampoco se lo diría.

—¿Y tú, Anne?

—Yo sólo sé cantar canciones. ¿Quiere alguna muy especial para este momento? ¿Una de un cadáver que dos niños encontraron en un cementerio?

—Sois un par de muchachos muy cooperadores.

Me dispuse a salir.

—Señor Mitchell —dijo Jack.

—¿Sí?

—¿Qué le puede pasar a ella?

—El asesinato es algo muy grave.

—Fue en defensa propia.

—No te entiendo.

—Harry Wayne iba detrás de ella… La perseguía. Por eso ella no quería estar allí… Harry era un canalla y no me importa que él esté muerto ahora. Era un sucio canalla.

—¿Cuándo empezó eso?

—Hace mucho.

—¿Cuánto es mucho?

—Cuatro meses, seis o quizá un año…

—¿Cuándo te lo contó a ti?

—Cuando empezó a ocurrir.

—¿Pasó algo concretamente?

—No, porque ella huía de él como del mismo demonio. No quería que su madre lo supiese. Sara estaba muy enamorada de su marido. Usted lo comprende, ¿no?

—Sí.

—Tampoco se lo podía decir al abuelo. Era algo demasiado sucio. Lord Burke habría sido capaz de armar un escándalo. Es un hombre demasiado impulsivo. No hubiese procedido con discreción. Habría abofeteado a Harry o lo habría sacado de la casa a puntapiés.

—Peor era matarlo con cianuro.

—Hay cosas que no se piensan mucho.

—Ella tuvo bastante tiempo para pensarlo y al utilizar el veneno arruinó el alegato de defensa propia. Ésa es la cuestión, Jack.

—Entonces tiene feo el asunto.

—Sí, pero podría alegarse trastorno mental. Yo haré lo que pueda por ella. Tienes mi palabra.

Transcurrieron unos segundos y entonces Jack dijo:

—Alain tiene una cabaña en Crawford.

CAPÍTULO VIII

Vi el bólido rojo. Estaba en la cochera, pero las puertas de ésta habían quedado abiertas.

El jardín aparecía lleno de maleza.

La cabaña daba la impresión de haber sido reparada recientemente. Había algunos trozos de ella que no encajaban en el conjunto.

Salté la verja y me dirigí al porche. Mientras tanto vigilaba las ventanas. Estaban cubiertas con visillos, pero éstos no se movieron.

Me detuve junto a la puerta y apliqué la oreja en ella. Del interior no me llegó ningún ruido.

De repente oí una voz a mi espalda.

—¿Busca algo?

Me volví. Era Alain Steward. Tenía un revólver en la mano y mascaba goma.

—Hola, Alain.

—Le hice una pregunta.

—Tú sabes lo que busco.

—No está aquí.

—Tendré que cerciorarme.

—¿Y cómo se va a cerciorar?

—Entrando en la casa.

—No, no va a entrar en la casa, sabueso. Venga acá.

—¿Adonde?

—A la cochera. Vamos, dese prisa o le meto una bala en una pierna. Aquí no hay nadie para que le socorra. Estamos solos a varias millas.

Yo había recogido mi coche del taller porque lo necesitaba para ir a Crawford y porque el asunto se había puesto feo y no era cuestión de depender de los taxis. Había dejado mi auto a unos cien metros de allí, en un arbolado.

—Sólo vengo para hablar con Olivia, Alain.

—No pierda tiempo. Deprisa. A la cochera.

Se retiró unos pasos mientras yo caminaba hacia la cochera. Vino tras de mí.

—No intente nada, o me obligará a matarle, Mitchell.

Había una decisión en sus palabras, con lo cual dio a entender que cumpliría su palabra.

Entramos en la cochera.

—Por la derecha, al fondo —dijo.

Caminé por donde me indicó. En el fondo había un espacio libre. Junto a la pared vi neumáticos, algunas latas de aceite.

—Apoye las manos en la pared y abra las piernas, Mitchell. Le voy a quitar la pistola.

—No traigo pistola.

—¿Espera que le crea?

—No, no lo espero.

Apoyé las manos en la pared y abrí las piernas. Entonces vino por detrás de mí y me palmeó el pecho, las axilas, la cintura, los muslos, las pantorrillas y los tobillos.

Se levantó riendo.

—Era verdad. No trae pistola.

Yo llevaba pistola, pero la había dejado en el coche. Hay situaciones en que es preferible no usar el arma porque uno se expone a que un tipo loco te clave dos balas.

—Alain —dije—, eso demuestra que vine en son de paz.

—Es posible, pero me debes muchas cosas, sabueso —me golpeó con el cañón en el cuello.

Caí de rodillas y me volvió a golpear con más fuerza que antes.

El bólido rojo dio vueltas a mi alrededor. Las paredes se mancharon de rojo, como si hubiesen arrojado sobre ellas cubos de sangre, y el suelo se tiñó de rojo.

Al cabo de un rato, todo el rojo se fue al bólido y cada cosa, las paredes y el suelo, recuperó su color natural.

—¿Quién te dijo que vinieses aquí? —preguntó Alain.

Estaba sentado sobre dos neumáticos, demasiado lejos para que yo pudiese intentar algo efectivo.

No le contesté.

—¿Fue mi chica…? Claro, ¿quién otra podría ser? Le diste

dinero para que se comprase la droga. Es la clase de soborno que hiciste con ella, ¿verdad, puerco?

—No, no fue ella.

—Oh, claro, fue un pajarito.

—Sí.

—¿Te crees muy gracioso?

—Oye, Alain, Scotland Yard está buscando a Olivia.

—Ellos y tú os vais a ir al estercolero.

—No se puede jugar con Scotland Yard. Terminarán por cazar a la chica. Sólo yo puedo ayudarla.

—¿Tú?, menudo sinvergüenza estás hecho. En cuanto tuvieses a Olivia, te faltaría tiempo para entregarla a Scotland Yard.

—Arreglaríamos las cosas lo mejor posible.

—Eres muy generoso, pero no voy a aceptar tu oferta, porque ya preparé mi plan… Te vas a ir al hoyo. Hermoso, ¿eh? —rió, enseñando los dientes—. Te voy a liquidar… Olivia y yo nos marcharemos de aquí, pero tú te quedarás bajo unos palmos de tierra.

—¿Y adónde iréis?

—A Sudamérica.

—Os cazarán antes. Tendréis que pagar por el doble asesinato, por el de Harry Wayne y por el mío.

—Ya me están temblando las piernas —rió.

—No te temblarán ahora, pero ya te temblarán cuando te lleven con el verdugo.

—Soy listo. Burlaremos a tu Scotland Yard. Nadie nos atrapará, ¿lo entiendes?

—¿Está ella conforme con que me liquides?

—Olivia se conforma con lo que yo hago.

—Sería mejor que se lo preguntases.

—No hay ninguna pregunta que hacer.

Yo estaba muy repuesto, de modo que lo intenté porque Alain había bajado algo la pistola. Como él estaba sentado, di un salto hacia arriba. El error lo había cometido al sentarse y se demostró enseguida que podía llegar a tocarlo antes de que pudiese alzar la pistola y disparar. Le agarré por el cuello y le llevé conmigo. Su cabeza pegó contra la pared. Fue un choque tremendo. Quedó como una res apuntillada, boca abajo. Le cogí por el cabello y le levanté.

No se había hecho ninguna herida, pero estaría durmiendo durante un rato.

Abrí la puerta de la cabaña.

Olivia dormía en el sofá. Los ruidos de la pelea no habían llegado hasta ella para despertarla. Me senté en el borde del sofá y admiré la belleza de aquella joven. Era una *hippie* y se había convertido en una asesina. Le puse la mano en el brazo y despertó bruscamente. Al verme allí hizo un gesto de asombro.

—¿Qué tal, Olivia?

—¿Dónde está Alain?

—Ahí fuera.

—¿Le ha matado?

—Descuida, no le maté. Fue él quien quiso matarme… Le dejé sin conocimiento.

Se apretó las sienes.

—¿Por qué no me dejó en paz? Nunca debió seguirme, señor Mitchell.

—Dime también que estás harta de mí.

—Es la verdad. Estoy harta.

—También yo lo estoy de ti y, sin embargo, vine en tu busca… No me gusta que nadie me tome el pelo. Me robaste el frasquito de cianuro del bolsillo. Cuando se enteren en Scotland Yard, me quitarán la licencia. ¿Y sabes lo que dirán mis compañeros? «Ahí va ese estúpido de Mitchell que se dejó engañar por una muñeca de diecisiete años».

—Váyase al cuerno.

—Tú eres la que te vas, nena. En este país son muy conservadores, no les gusta que la gente se mate entre sí. Y lo del veneno está muy mal visto, aunque es un arma que se emplea mucho. Qué cosa más curiosa, casi todos los envenenadores son obsequiados con la última pena.

—No envenené a Harry Wayne.

—Oh, no, tú no lo hiciste. Tú me quitaste el cianuro para gastarme una broma. ¿En qué se lo serviste? ¿En la leche o se lo untaste en un trozo de pastel de manzana?

—No se lo puse en ninguna parte porque yo no maté a Harry. Pero no vale la pena hablar. Sé que usted no me va a creer. Nunca admitirá nada de lo que yo le pueda contar. Déjeme que vaya al

cuarto de baño. Enseguida me preparo para ir con usted.

—No, cariño. No te voy a dejar ir al cuarto de baño.

—¿Cree que me voy a escapar por la ventana? Tiene barrotes. Puede verlo.

—Y también habrá cuchillas de afeitar.

—¿Piensa que me voy a cortar las venas?

—¿Por qué no? Estás con el agua al cuello.

—Estoy con el agua al cuello, pero no me mataré… Cuando despierto acostumbro a tomar una ducha.

—No hay ducha.

—Estoy llena de sudor y sucia. Quiero ducharme. Deje que me limpie y, mientras tanto, contestaré a sus preguntas.

Titubeé. Olivia estaba demostrando una gran serenidad, pero eso era lógico en ella. En un principio, me había dado la sensación de que era una muchacha distinta a las demás. Podía tener diecisiete años, pero se portaba como una mujer con mucha experiencia. Hablé con un psicólogo y me dijo que la culpa es de la tecno-gracia y de la automatización.

—Está bien. A la ducha.

—Le advierto que hay cortinas y que no son transparentes —dijo mientras se iba al cuarto del baño.

—Voy a echar un vistazo.

Las cortinas de plástico eran como ella había dicho y estaban pintadas con flores. Las hice correr y observé el interior. No había ningún objeto con el que se pudiese hacer demasiado daño. Si quería suicidarse, tendría que matarse a golpes con el cepillo, y eso le costaría mucho trabajo. Yo estaría cerca.

—¿Quiere volverse de espaldas, señor Mitchell?

—No.

—Me voy a quitar la ropa.

—Quítatela dentro.

—Como quiera.

Se metió en la ducha e hizo, correr las cortinas.

CAPÍTULO IX

—Quiero que confieses, Olivia —dije.

Su mano apareció por entre las cortinas y dejó caer en el suelo la blusa.

—Lo que usted quiere que le diga es que yo lo maté. Pero eso no se lo puedo decir porque no es la verdad.

—¿Y cuál es la verdad?

—Vi a Harry.

—¿Cuándo?

—Cuando él entró en mi cuarto. Sabía que en cuanto se enterase que yo estaba en la casa, vendría. Yo estaba sentada en la cama leyendo un libro. Entró sin llamar. Se cubría con un batín y se detuvo junto a la puerta, las manos en los bolsillos, sonriendo.

Los dedos de Olivia aparecieron de nuevo por entre las cortinas y dejaron caer la falda.

—Continúa, Olivia.

—Siempre he odiado la sonrisa de Harry. Era una sonrisa de suficiencia, de hombre que está de vuelta de todo, que puede conseguir lo que quiere…

—Creí haber entendido que tu madre y Harry no sabían que te habías marchado.

—Harry lo sabía porque le advertí que me iba a largar para no verle más. Pero no le dije en qué momento me marcharía. El caso es que él estaba enterado.

—¿Y por quién se enteró de que habías llevado a la práctica tu amenaza?

—No lo sé.

—Pudiste preguntárselo.

—No se me ocurrió…

—¿Qué pasó?

—Me hizo una proposición.

—Una proposición ¿para qué?

—Él se iba a Roma durante unos días. Me dijo que yo podía decir que iba a París. He estudiado allí algunos años y tengo amigos. Harry dijo que, en lugar de ir a París, me podía reunir con él en Roma. Lo íbamos a pasar muy bien. Le contesté que no iría con él a ninguna parte.

Dejó el resto de la ropa en el suelo y abrió el grifo.

—¿Qué más, Olivia?

Ella habló a gritos:

—Dijo que me lo pensase y le contesté que ya estaba todo pensado y que la próxima vez que me molestase se lo diría al abuelo.

—¿Qué te respondió?

—Que sabía que yo cambiaría de opinión. Ya le he dicho que era un hombre muy creído, seguro de su éxito con las mujeres. Salió de allí.

—¿Y cuándo le volviste a ver?

—Cuando estaba muerto.

—Hay mucha diferencia de tiempo entre un momento y otro. ¿Qué pasó entretanto?

—Yo me acosté y me dormí.

—Espera. ¿Dónde habías guardado el frasco con el cianuro?

—En mi bolso… Y ésa es la clave de todo.

—¿Qué quieres decir?

—Que, cuando desperté, el frasquito de cianuro ya no estaba en mi bolso.

—¿Y cuándo despertaste?

—Oí que la puerta se cerraba y eso fue lo que me despertó. Encendí la luz. No había nadie en la habitación. En un principio creí que todo había sido un sueño. Pero aquello me desveló. Me levanté para coger los cigarrillos del bolso y entonces noté que faltaba la botella de cianuro. Me quedé helada.

—¿Qué hiciste?

—Pensé que sólo podría ser Harry el que había entrado allí para llevarse el veneno. Yo le había amenazado en una ocasión. Le había dicho que, si no me dejaba en paz, lo iba a envenenar. Creí a pies juntillas que Harry había tomado precauciones, por si se me ocurría usar el cianuro con él. Pasaron dos horas y continuaba sin

dormirme. Decidí ir a la biblioteca a por un libro.

—Dijiste que estabas leyendo uno.

—Ése me aburría. Era una novela sosa.

—Adelante.

—Me puse el batín y fui a la biblioteca.

—¿Qué hora era en ese momento?

—Las seis y media.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque había estado mirando el reloj muchas veces, ya sabe lo que ocurre cuando una está nerviosa, sin dormir. Mira una y otra vez el reloj esperando que se haga de día… ¿Me da el albornoz?

Se lo di y cesó de correr el agua.

—Fuiste a la biblioteca —la ayudé a proseguir.

—Y allí estaba Harry tendido en el suelo.

—¿Dónde?

—En medio de la habitación.

—Quiero que recuerdes todos los detalles.

—No hay mucho que recordar, excepto el vaso de leche.

—¿Dónde estaba el vaso?

—Encima de la mesa, en una bandeja. Quedaba un poco de leche… Pensé que podía estar desmayado, y le tomé el pulso. No. Harry, no estaba desmayado, estaba muerto. Le busqué en los bolsillos el frasquito de cianuro, pero sólo tenía el pañuelo… En un momento comprendí lo que pasaría cuando se descubriese el cadáver. Yo sería la asesina sin lugar a dudas. Usted se había apoderado del veneno y luego yo se lo quité. Usted le había contado al abuelo por qué me fui de casa… Yo misma se lo había dicho a usted. Me había marchado para no matar a Harry y también le había dicho que si volvía allí, usted sería parte responsable del crimen. Por añadidura, algunos de mis amigos estaban al corriente de lo que me pasaba. Scotland Yard pocas veces habría tenido un caso tan claro. Pero yo era inocente, no había matado a Harry, y en unos minutos estuve preparada para echar a correr.

Salió por entre las cortinas de plástico.

Su cabello estaba húmedo, pero eso no restaba un ápice a su belleza. Quizá la hiciese más atractiva.

Pasó junto a mí. Fuimos al *living*.

—¿Me quiere dar un cigarrillo?

Encendí dos cigarrillos y le di uno.

Se había anudado el cinturón del albornoz y ocupó un sillón.

Yo me senté en el sofá y la miré a los grandes ojos.

—Has mentido, Olivia.

—No me da frío ni calor. Sabía que no me creería. —¿Cómo quieres que crea esa historia? Te dormiste, alguien entró en tu habitación y se llevó el frasquito de cianuro. ¿Quién? ¿Tu madre?

—¡No!

—¿Tu abuelo?

Esta vez no contestó.

—Así que, según tú, fue el abuelo. Yo le conté lo que pasaba y él pensó arreglar las cosas por su cuenta. —No, no puede ser el abuelo.

—¿Por qué no?

—¿Es que no se da cuenta? El abuelo nunca habría matado a Harry para que yo apareciese como culpable. —He visto cosas peores en familias como la tuya—. Es usted un salvaje.

—¿Y quién queda? ¿El criado Paul?

—Hay más servidumbre.

—¿Cuántos más?

—Otro criado, William Manchester, una criada, Margaret, y dos cocineros, Tom Harvard y su mujer Helen. —¿Cuántos años tiene Margaret?

—Cincuenta.

—Desechada. ¿Cuántos tiene Helen?

—Sesenta.

—También desechada y se acabó.

—¿Por qué se acabó? Pudo matarlo cualquiera de ellos.

—¿Y la razón? ¿Quizá Harry les castigaba con el látigo?

—No diga tonterías.

—¿Qué motivos iban a tener?

—No lo sé.

Me puse en pie.

—Fuiste tú. Tú lo mataste. Decidiste acabar con él de una vez por todas. Cuanto más pronto lo admitas, será mejor. Tienes muchas cosas a tu favor, las circunstancias, el acoso de que eras objeto por parte de Harry, tu situación en la casa, y, por último, tu edad. Quiero oírtelo decir: «Yo maté a Harry Wayne. Yo maté a mi

padrastro».

Dio una chupada al cigarrillo, y dijo mientras expulsaba el humo por los agujeros de la nariz:

—Yo no maté a Harry Wayne. Yo no maté a mi padrastro.

De pronto oí el rugido de un motor.

Corrí hacia la ventana.

El bólido rojo salió de la cochera. Naturalmente iba conducido por Alain. Había logrado quedar libre y huía.

Desapareció en segundos.

—Tienes un amigo muy valiente, Olivia.

Ella se encogió de hombros.

—Hizo lo que pudo.

—¿Sabes que tiene una chica que se droga?

—Alain trata de apartarla del vicio.

—Lo hace muy mal.

—Alain tiene un corazón demasiado tierno y llega un momento en que no puede resistir las súplicas de Raquel.

—Haría mejor en internarla en un sanatorio. Raquel es un caso para profesionales. Pero volvamos a ti.

—Ya está dicho todo. Me vestiré y nos iremos en busca de sus amigos de Scotland Yard.

—No son mis amigos, pero se supone que debo trabajar en favor de la ley.

—Da lo mismo.

—¿Qué quiere que haga? ¿Qué le dé las gracias por haberme atrapado? ¿Qué le agradezca que me entregue a Scotland Yard?

Exhalé el aire de los pulmones.

—¿Y qué quieres que haga yo, Olivia? ¿Que ocupe el lugar de Alain y te ayude a escapar? ¿Adónde irás? ¿A Islandia? ¿A Terranova? ¿O a París, donde tienes algunos amigos?

—No serviría.

—No, no serviría, o sería un cómplice.

Se levantó.

—Voy a vestirme para acompañarle. Dejaré la puerta abierta.

Se metió en el dormitorio y dejó la puerta abierta como había dicho.

No intenté ir allí, como si yo supiese que no iba a escapar por la ventana ni por otra parte. Pero podía aparecer con una pistola en la

mano y liarse a tiros conmigo. Me asombró mi pensamiento porque permanecí quieto, sin hacer nada. Al cabo de un rato, ella apareció vestida, pero no tenía ninguna pistola en la mano. Se cubría con suéter blanco y una falda azul. Se había peinado el cabello húmedo.

—Cuando quiera —dijo.

Salimos de la cabaña y fuimos al bosquecillo donde había dejado mi coche.

Enseguida nos pusimos en camino hacia Londres.

Cuando me detuve junto al bordillo de la acera, ella miró los edificios y dijo:

—Esto no es Scotland Yard.

—No, no es Scotland Yard.

—¿Adónde me lleva?

—A mi apartamento.

—¿Para qué?

—Para que permanezcas en él hasta que yo haga algunas averiguaciones.

No bajó del coche.

—Ponga otra vez en marcha su auto y lléveme a Scotland Yard.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres mi ayuda?

—Usted lo dijo. Puede convertirse en un cómplice.

—Es asunto mío. Fuera.

Salté del coche y ella bajó también. Subimos en el ascensor hasta el quinto piso. Entramos en mi apartamento. Preparé dos *whiskys*, mientras ella curioseaba por las habitaciones. La vi aparecer de nuevo en el *living* y le di un vaso.

—Bebe, te hace falta. Estás helada.

—Gracias.

Bebió un trago y yo vacié mi vaso de una sola vez.

—Me tengo que ir ahora, Olivia.

—¿Adónde va?

—A tu casa, pero quiero hacerte una advertencia.

—Hable.

—No le digas a nadie que estás aquí.

—No lo diré.

—A ningún amigo.

—De acuerdo.

—No hay excepciones.

—No las habrá.

Dejé el vaso y me dirigí hacia la puerta. Antes de salir volví la cabeza.

—En la nevera encontrarás algo de comer.

—No tengo ganas.

—La tendrás más tarde.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé. Hasta luego.

Salí del apartamento y poco después estaba en el coche. Lo puse en marcha. ¿Qué infiernos me estaba pasando? ¿Por qué creía la fantástica historia de aquella muchacha? El crimen es un círculo cerrado. A veces faltan segmentos del círculo, pero llega un momento en que lo tienes completo. Y aquel círculo tenía todos los segmentos, absolutamente todos. ¿O no los tenía? Otra vez volvía a empezar con lo mismo. Era ella, la *hippie* con cianuro, la que me había trastornado. La culpa era mía. Sólo mía por aceptar el encargo por segunda vez. ¿No había terminado ya mi misión? ¿No había cobrado doscientas hermosas libras?

Llegué a la mansión de lord Burke, al lugar del crimen. ¿Qué iba a encontrar allí? Me reí de mí mismo.

CAPÍTULO X

Me abrió Paul.

—¿Dónde está lord Burke? —le pregunté.

—No se encuentra bien y se ha retirado a su habitación.

—Quiero verle.

—Lo siento, señor Mitchell. Ordenó que no quería ver a nadie.

—Eso no vale conmigo. —Eché a andar hacia la escalera—. ¿Cuál es su habitación?

Paul corrió detrás.

—Lord Burke se enfadará conmigo.

—No te preocupes. Salvaré tu responsabilidad. Subió conmigo la escalera.

—¿Y el cadáver? —pregunté.

—Se lo llevaron para hacerle la autopsia.

—¿Estuvieron mucho tiempo los de Scotland Yard? —Como una hora y media.

—¿Y la señora Wayne?

—También se retiró a su habitación. ¿Sabe algo de la señorita?

—No, nada. ¿Por qué te interesa?

—Oí que hablaban de ella.

—¿Quiénes hablaban de ella?

—Los policías de Scotland Yard y lord Burke. La están buscando.

Llegamos arriba.

—¿Por dónde es?

—A la izquierda, tercera puerta.

—Ya no hace falta que me sigas.

Se quedó allí y yo seguí por el corredor. Llamé con los nudillos en la puerta que Paul me había indicado y abrí sin que me lo autorizasen.

Lord Burke estaba de pie junto a una ventana.

—Ah, es usted —dijo—. ¿Encontró a Olivia?

—No.
—Entonces, ¿a qué diablos ha venido? Le di una orden. Cúmplala.
—Quiero que me conteste a unas preguntas, lord Burke, y luego continuaré mi trabajo.
—¿Preguntas? No necesita preguntar nada.
—¿Cómo pasó la noche?
—¿Qué tontería está diciendo?
—¿Durmió bien?
—¡Claro que dormí bien!
—Es raro.
—¿Por qué había de ser raro?
—Usted supo ayer algo que ignoraba. Que su yerno Wayne acosaba a su nieta, que le hacía la vida imposible, y que fue la razón que tuvo Olivia para huir de la casa y para escribirle aquella carta.
—¿Adónde quiere ir a parar?
—¿Qué pensaba hacer usted con respecto a Harry Wayne…? ¿Cómo quiere que crea que pasó una buena noche, que durmió tranquilamente? Ahí tiene mis preguntas, lord Burke, y quiero las respuestas.
—¿Para quién trabaja, Mitchell?
—Para usted.
—Entonces, le ordeno que salga de aquí y que busque a mi nieta. Fue para lo que le contraté. No para hacerme a mi preguntas.
—¿Y qué debo hacer cuando encuentre a Olivia?
—Ya se lo dije. Avisarme.
—¿Para qué?
—Para hacerla llegar a un lugar del Continente.
—¿Francia?
—Ya se lo diré en el momento oportuno.
—De modo que la sacará de las Islas.
—No hay remedio.
—¿Qué pasará luego? ¿Va a seguir huyendo durante el resto de su vida? ¿Le preparará documentación falsa para hacerla pasar por otra persona? ¿Cree que es una solución?
Se dejó caer en el sillón que había junto a la ven tana y cogióse la cabeza con las manos.

—Está bien, señor Mitchell. Se lo diré. Cuando Olivia esté en Europa, yo confesaré.

—¿Qué confesará?

—La verdad. Que yo maté a Harry Wayne.

En la habitación se hizo un profundo silencio.

—Cuénteme eso, lord Burke.

—No hay nada que contar.

—¡Quiero que me lo cuente! —grité.

—Quise hablar con Harry.

—¿Cuándo habló?

—Esta mañana.

—¿A qué hora?

—A las seis.

—¿No era demasiado temprano?

—Llamé a su habitación. Sara dormía. Me abrió Harry. Le dije que quería hablar inmediatamente con él y que le esperaba en la biblioteca y que no le admitía excusas.

—¿Y luego?

—Le preparé la leche con el veneno.

—¿Qué veneno?

—El cianuro.

—¿De dónde sacó el cianuro?

—¡Deje ya de hacer preguntas!

—¿De dónde sacó el cianuro?

Tragó aire como si se estuviese ahogando.

—Lo saqué del bolso de Olivia.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Antes de ir a hablar con Harry. Olivia dormía.

—¿Qué hizo después?

—Preparé dos vasos de leche, uno para Harry y otro para mí.

—¿Cómo fue la entrevista?

—Le dije a Harry que no quería verle en mi casa, que se fuese.

—Pero usted ya tenía a la vista los dos vasos de leche.

—Imaginé lo que Harry me iba a decir.

—¿Y qué fue lo que le dijo?

—Que él estaba casado con Sara y que si quería que se marchase que se lo dijese a ella. Le prometí que no le faltaría dinero y que si llegaba al divorcio, le daría una fuerte indemnización. Estaba

dispuesto a comportarme bien con él. Se rió de mí y me dijo que su situación actual era la que más le gustaba y que no la cambiaría con otra. Sentía deseos de sacar la pistola que tenía en el cajón y pegarle un tiro en la cabeza. Pero no hizo falta. Ya había bebido la leche y de pronto se desplomó.

Sobrevino otra pausa.

Lord Burke dio un suspiro y dijo:

—Ya lo sabe todo, Mitchell.

Eché a andar hacia la puerta.

—¿Adónde va, Mitchell?

—En busca de Olivia.

—¿Sabe dónde está?

—Sí.

—Espere.

No esperé y salí de allí pegando un fuerte portazo.

Aquel tipo era un egoísta. Desde un principio debió confesar su crimen para que su nieta no fuese perseguida, pero era un magnate y debía cuidar su reputación. O quizá no había pensado confesar y prefería que Olivia anduviese por esos mundos yendo de un lado a otro, huyendo de la policía.

Iba camino de la escalera cuando se abrió una puerta.

—¿Señor Mitchell?

—Sí.

—Soy Sara, la madre de Olivia.

Era una hermosa mujer de unos treinta y cinco años, y eso quería decir que se había casado muy joven con el hijo del lord, el fallecido padre de Olivia. Su cutis era bronceado, el cabello rojizo y los ojos verdes. Cubríase con un batín.

—¿Quiere pasar? —me invitó a pasar con la mano.

Entré en la habitación. Sara cerró la puerta y apoyó las manos en el estómago retorciendo los dedos nerviosamente.

—¿Ha encontrado a Olivia, señor Mitchell?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En sitio seguro.

—¿Qué va a pasar ahora…? No, no me lo diga. Es una pregunta ingenua por mi parte. Señor Mitchell, debo decirle algo con respecto a mi esposo.

—¿Qué quiere decirme?

—Yo le maté.

Me dejó asombrado.

—¿Usted, señora Wayne? No lo puedo creer.

Sonrió con amargura.

—Me creerá cuando se lo haya contado todo.

—Empiece.

—Yo estaba al corriente.

—¿De qué?

—De lo que pasaba entre Harry y mi hija. Debo decir mejor, del interés que Olivia había despertado en Harry.

—¿Y cuándo se enteró?

—Una mujer se informa de esas cosas casi en el momento en que nacen.

—¿Y qué hizo para solucionarlo?

—Estar lo menos pasible en casa. Impedir que Harry viese a Olivia con demasiada frecuencia. Pensé que, de esa forma, Harry terminaría por olvidar… No le concedí demasiada importancia. Llegué a creer que todo se había arreglado. Hasta que Olivia se marchó.

—Me dijeron que usted y Harry ignoraban que Olivia había huido.

—Yo lo supe antes que nadie. Entré en su habitación y encontré la carta que dejó. Naturalmente, la leí, pero no me la llevé.

—¿Le dijo algo a Harry?

—No. Pensé otra cosa. Matarle.

—¿Y cómo lo hizo, señora Wayne?

—Acompáñeme.

Fui con ella al cuarto de baño, que estaba al fondo, señaló un armario. Dentro había un vaso con dos dedos de leche.

—Lo que falta fue lo que bebió Harry.

—¿Cuándo se lo dio?

—Esta mañana. Él estaba desvelado y yo también me desperté. Le dije que iba a la cocina para comer algo, Harry no me pidió nada, pero le traje un vaso de leche. Harry me dio las gracias y lo bebió.

—¿Cómo fue a morir a la biblioteca?

—Me dijo que no tenía sueño y que se iba allí a leer un rato.

—¿Qué puso en la leche, señora Wayne?
—Cianuro.

CAPÍTULO XI

—¿De dónde sacó el cianuro? —pregunté tras una pausa.

—Del bolso de mi hija.

—Repítalo.

—Lo saqué del bolso de mi hija.

—¿Cuándo?

—Anoche, cuando ella dormía.

Me pasé una mano por la cara y reí.

—¿Lo encuentra gracioso? —Me miró perpleja.

—Sí, mucho.

—Es absurdo. No le veo ninguna gracia.

—Contésteme, señora Wayne. ¿Quién le dijo que su hija tenía una botella de cianuro?

—Entré en su habitación. Ella estaba durmiendo. Le registré el bolso.

—¿Por qué le registró el bolso?

—Porque se me ocurrió hacerlo. Tenía miedo de Olivia. Es una chica con mucho carácter y podía cometer una tontería.

—¿Cómo supo que era cianuro?

—Conozco el cianuro.

—¿Por qué? ¿Mató a alguien con anterioridad?

—Tenemos una casa de campo en Devonshire… El verano pasado, el establo se había llenado de ratones. Yo misma me ocupé del saneamiento y compré el cianuro. Señor Mitchell, quiero que me acompañe a Scotland Yard para entregarme.

—No puedo. Tengo otras cosas que hacer.

—¡Pero le acabo de confesar el crimen! ¡Yo soy la asesina!

—Demasiados asesinos.

—¿Cómo dice?

—Que hay muchos asesinos.

—¿No le entiendo?

—No hace falta que me entienda, señora Wayne, Yo me voy, pero volveré dentro de un rato.

—¿Es que me va a dejar aquí?

—Tranquilícese, señora Wayne. Sé que no va a cometer ninguna tontería. Sería absurdo que lo hiciese.

Salí de la habitación.

Estaba aturdido, confuso. La presunta culpable, Olivia, me había dicho que ella no había matado a Harry y ahora dos miembros de la familia, su abuelo y su madre, querían ocupar aquel puesto. Uno de los dos mentía. ¿O estarían mintiendo los dos?

Me fui a la biblioteca. Allí estaba Pamela.

—Hola, querida —dije.

Estaba sentada detrás de la mesa, los ojos bellos con gafas de carey.

—No sabía que usases gafas.

—¿Estoy fea?

—Todo lo contrario, muy bonita. Puedes usarlas cada vez que salgas conmigo.

—¿Cómo te fue por ahí?

—Ya la tengo.

—¿A Olivia?

—Sí.

—¿La entregaste a Scotland Yard?

—No.

—¿Dónde está?

—Es mejor que no te lo diga. En estos momentos, para la policía soy un encubridor, y si tú lo sabes, también serás una encubridora. Además, han surgido nuevos aspectos.

—¿Qué nuevos aspectos?

—El abuelo ha dicho que mató a Harry.

—¡No!

—Me ha hecho una confesión en toda regla. Pero con eso no acabo la lista.

—¿Qué quieres decir?

—Que confesó otro culpable.

—¿Otro?

—Sara Wayne. También ella dijo que mató a Harry.

—Es asombroso.

—Es la palabra justa. Asombroso. Pero lógico. Los dos, el abuelo y Sara, quieren salvar a Olivia.

Llamaron a la puerta. Era Paul, el criado.

—Señor Mitchell, ¿puedo hablar con usted?

—Sí.

—Es respecto a lo que pasó esta noche.

—¿A qué te refieres concretamente, Paul?

—A Jack Creasy.

—¿A Jack Creasy?

—Sí, el amigo de la señorita Olivia. El vino aquí.

—¿A la casa?

—Sí, señor, a la casa, pero yo no le abrí.

—¿Y quién le abrió?

—La señorita Olivia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los vi.

—¿A qué hora ocurrió eso?

—A las seis de la mañana. Miré el reloj. Yo me había despertado al oír ruido en la cocina. Tengo mi dormitorio en el corredor. Vi pasar a la señora Wayne.

—¿Qué llevaba la señora Wayne?

—Nada.

—¿No llevaba un vaso de leche?

—No, señor.

—¿Qué pasó después?

—La señora Wayne subid por la escalera. Yo también fui a la cocina. Bueno, no lo diga, pero tenía hambre y decidí comer algo. Entonces oí la puerta. Me pareció raro que alguien entrase o saliese a esa hora. De modo que me asomé y vi a la señorita Olivia y a Jack Creasy que subían la escalera.

—Imagino que te quedarías allí para saber cuándo se marchaba Jack Creasy.

—No, señor. Pensé que no era de mi incumbencia y que lo mejor que podía hacer era acostarme.

—¿No viste al señor Wayne?

—No, señor.

—¿A lord Burke?

—Tampoco. Sólo vi a la señorita Olivia y a Jack Creasy, después

de ver a la señora Wayne.

—Gracias, Paul.

El criado hizo una inclinación y salió de la biblioteca.

—Tengo que marcharme, Pamela. Te veré luego.

Hice correr el coche lo que pude y llegué a mi apartamento, donde entré como un ciclón.

Olivia estaba viendo un programa de televisión. Los indios estaban a punto de alcanzar al chico. Apagué el aparato y miré a Olivia con ojos furiosos.

—¿Qué te pasa, Tony? —me tuteó.

—¿Por qué mentiste?

—¿Respecto a qué?

—No me contaste toda la verdad.

—Claro que te la conté.

—Estás encubriendo a una persona.

—¿A quién?

—A Jack Creasy.

Se mordió el labio inferior.

—El no tuvo nada que ver.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Estoy segura.

—A mí no me basta. ¿Por qué fue a tu casa esta mañana tan temprano?

—No es asunto tuyo.

—Claro que lo es. A esa hora, Harry estaba vivo. ¿Cuánto tiempo estuvo Jack contigo?

—Sólo diez minutos.

—¿Le acompañaste hasta la puerta de la casa?

—No.

—¿Dónde os despedisteis?

—En mi habitación.

—Jack pudo quedarse en la casa media hora o una hora, el tiempo que le diese la gana, puesto que tú no supiste en qué momento salió.

—Se fue enseguida.

—Si tú estuvieses segura de eso, me habrías hablado de la visita de Jack Creasy…

Di unos pasos por la habitación y me detuve ante ella.

—¿A qué fue Jack Creasy a tu casa?

—No te lo diré.

Le solté una bofetada con muchas ganas. Ella no dio ni siquiera un grito.

—Qué valiente eres —dijo.

—Me estoy jugando el tipo por ti.

—No te pedí que te lo jugases.

—Pero me dijiste que eres inocente y yo te creí y por eso empecé a investigar, y ahora me encuentro con un saco de mentiras.

—No te he mentido.

—Todos me habéis mentido. Tú, el abuelo, tu madre. ¿Dónde os enseñaron a engañar? ¿No sabéis hacer otra cosa? Os debía mandar a todos al diablo. Eso es lo que merecéis la familia Burke. Pero me metí en esto hasta el cuello, y quiero salir de una vez. Quiero salir limpio y empiezo a dudar que sea posible.

—Está bien, te diré lo que vino a hacer Jack Creasy. Le presté dinero. Trescientas libras.

—¿Para qué?

—Para pagar una deuda y casarse con Anne.

—¿No pudiste esperar a entregarle el dinero en otro momento?

—Debía siete meses de casa. Si no pagaba antes de las diez de la mañana, le iban a desahuciar…

—Tienes una respuesta para todo.

—Es la verdad.

—Pudiste comprar a Jack.

—¿Qué?

—Pudiste darle trescientas libras a cambio de que matase a Harry.

—¡Es una monstruosidad!

—Todo lo vuestro es una monstruosidad, pero le voy a sacar la verdad a Jack aunque sea lo último que haga en mi vida.

Eché a andar hacia la puerta.

—No, Tony, espera.

Salí y cerré sin esperar.

CAPÍTULO XII

Llamé una vez en el apartamento de Jack y me abrió. —Imagino que no puedo impedir que entre— dijo. —Seguro, muchacho.

Anne no estaba allí.

—¿Y tu chica, Jack?

—Se fue.

—¿Adonde?

—A comprar. ¿Quiere que le enseñe también mi certificado de vacuna?

—Quiero ver los recibos.

—¿Qué recibos?

—Los de la casa.

—¿De qué me está hablando?

No me gusta abusar de la gente, pero tal como estaban las cosas, tiene que ser duro.

Le solté una fuerte bofetada y le atrapé por la camisa.

—Sé que fuiste esta mañana a las seis a casa de Olivia. No puedes negarlo.

—¿Y qué? —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. ¿A qué fuiste allí?

—Olivia me tenía que dar dinero.

—¿Cuánto?

—Trescientas libras.

—¿Para qué?

—Para lo que usted dijo, para los recibos.

—Y seguro que los recibos se convirtieron en humo. —Se equivoca, los tengo.

—Enséñamelos.

—Si no me deja libre, no se los puedo enseñar. Aparté mis manos de él.

Jack se fue hacia un escritorio. Abrió un cajón y sacó unos

cuantos papeles que me alargó.

Eran los recibos de la casa, siete como había dicho Olivia.

—Esto no suman trescientas libras —dije.

—El resto me lo prestó Olivia para casarme con Anne.

—¿Cuánto tiempo estuviste con Olivia?

—Unos diez minutos.

—¿Qué hiciste luego?

—Salí de allí.

—¿A quién viste abajo?

—A nadie.

—¿No te encontraste con Harry Wayne?

—No.

—¿Cómo entraste en la casa?

—Olivia me abrió. Habíamos hablado por teléfono y me estaba esperando para abrirme.

Arrojé los recibos sobre el escritorio y salí de allí sin pronunciar otra palabra. Cerca de la casa había un pequeño jardín con bancos. Me senté en uno de ellos y me puse a pensar. Era un caso endiablado. ¿Quién había matado a Harry Wayne? ¿El abuelo? ¿Sara?

Regresé a mi apartamento. Al entrar no vi a Olivia. Fui al cuarto de baño. No, no estaba. Volví al *living* y de pronto vi la carta. Era su especialidad, marcharse dejando una carta.

Solté unas cuantas maldiciones.

La carta decía así:

> «*Yo maté a Harry. Lo siento, Tony, pero es la única verdad. Tengo dinero y me marcho a un lugar donde no me puedan atrapar. Soy demasiado joven para ir a la cárcel. Perdóname. Tú tenías razón*».

Después estaba la firma de Olivia. Era su letra, exactamente igual a la de la otra carta.

Marqué el número de la casa de lord Burke.

Se puso Paul y le dije que quería hablar con el lord. Poco después oí la voz del magnate.

—Le escucho, señor Mitchell.

—Ya no hace falta que se acuse de un crimen que no cometió,

lord Burke. Olivia confesó.

—¿Dónde está?

—Se fue de nuevo, y esta vez renuncio a buscarla. Ya me cansé de este juego.

—Le comprendo, señor Mitchell.

—Y yo me alegro mucho de que me comprenda.

—Le mandaré doscientas libras por su trabajo.

—Gracias. Dígale a Sara que también puede abandonar el tablero.

—¿A qué se refiere?

—A que ella trató como usted de salvar a Olivia acusándose del crimen.

—Lo debí suponer.

—Ahora sólo tiene que preocuparse de buscar a Olivia un buen abogado.

—Tendrá el mejor.

—No lo dudo —dije y colgué.

Bien, ya había terminado todo.

Me serví una copiosa ración de *whisky* y ocupé un sillón.

Había ganado cuatrocientas libras. No era un mal balance. Después de todo, había transcurrido muy poco tiempo. Desde luego, yo había trabajado en grande y lord Burke no me había regalado un solo penique.

¿Dónde habría ido Olivia? Bueno, ¿qué me importaba a mí? Ella era una *hippie*. Podía ir a muchos sitios, por ejemplo, al campo. ¿No les gustaban las flores a los *hippies*? Pero no estaría sola. ¿Se habría ido en busca de Alain Steward? ¿O era él quien habría venido a mi apartamento para llevársela? Sentía que apretaba con fuerza el vaso. ¿Qué me pasaba? ¿Es que iba a sentir celos ahora? Era ridículo.

Yo tenía que divertirme. Sí, pasar un buen rato con una mujer. ¿No había empezado con Pamela? Ya había llegado el momento de continuarlo. Sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, querido.

Era Pamela. Quizá los dos habíamos estado pensando lo mismo.

—Tony, me imagino tu estado de ánimo… Acabo de hablar con lord Burke. ¿Qué vas a hacer?

—Nada, absolutamente nada. Ya me retiré del caso.

—Siento que haya terminado así.

—Yo no lo siento. Cuando uno se mete en una trampa, está deseando salir de ella. De modo que me debes felicitar, porque ya escapé.

—Querido, esta noche…

—Continúa, Pamela.

—¿Tienes provisiones?

—No sé lo que habrá dejado Olivia, pero echaré un vistazo y tendré bien llena la nevera.

—Estaba bromeando, tonto. Quería pedirte que me invitases.

Tragué saliva. Las cosas se ponían buenas después de haber estado malas durante mucho tiempo.

—Sí, Pamela. Te invito.

—No lo dices muy convencido.

—Es que me he llenado de emoción.

—¿Te parece bien a las siete?

—Es una gran hora.

—Hasta luego, querido —dijo con voz suave, y colgó.

Me quedé un rato con el receptor en la mano. Y de pronto me di cuenta de que estaba sonriendo. Ya era hora de que lo hiciese.

Apuré el *whisky* del vaso.

Un amigo mío lo dijo: «Uno está en la mala racha y puede durar semanas, meses y hasta años, pero llega el momento en que la suerte cambia».

A ella también le había tocado la racha mala. No estaba pensando en Pamela. Ella era otra vez Olivia.

Me levanté bruscamente del sillón y me serví más *whisky*. Por aquel camino, iba a coger una buena.

Todavía no había almorzado, aunque ya pasaban un par de horas del almuerzo. Sin embargo, todo me parecía como si hubiese ocurrido en poco tiempo.

Sonó otra vez el teléfono.

Lo atrapé y una voz exclamó:

—¿Es usted, Mitchell?

—Sí. ¿Quién habla?

—Alain Steward.

—Vete al infierno, Alain.

—Señor Mitchell, tiene que ayudarme.

—Para irte al infierno no necesitas ayuda de nadie.

—Hágalo por Olivia.

—No conozco a esa persona.

—Señor Mitchell, es ella quien le necesita más que yo.

—De todas las cosas graciosas que podían decir, ésa es la mejor.

—Oiga, venga y le contaré.

—Ya estoy harto de que me contéis cosas. Da la casualidad de que la mayor parte son mentiras. Engaño sobre engaño.

—Señor Mitchell, le aseguro que no se arrepentirá. Olivia se enamoró de usted.

Lancé una carcajada.

¿Olivia enamorada de mí? Lo había dicho el muy canalla. La *hippie* que mataba con cianuro se había enamorado del investigador privado, y el idiota del investigador privado le había dado una oportunidad cuando ella no merecía ninguna.

—Señor Mitchell —habló otra vez Alain—. ¿Va a venir?

—No.

—Me queda muy poco tiempo… Estoy en una barcaza.

—Aprovecha la ocasión y húndete.

—Es posible que me hunda, señor Mitchell, pero no me gustaría que Olivia se hundiese también. Échele una mano.

—Ya se la eché y estoy arrepentido de ello.

—¡No diga eso, señor Mitchell…! ¡No lo diga! —Respiraba agitadamente—. La barcaza es la de Bernard Dowling. Está en la parte derecha de Reynolds, conforme se va a la iglesia.

—He dicho que no iré.

—Haga lo que quiera, pero recuerde que Olivia estará perdida para siempre.

Se interrumpió la conversación.

Noté que me había quedado tan frío como el hielo y bebí otra vez el contenido del vaso. ¿Cuánto *whisky* necesitaría para entrar en calor? Un psicólogo diría: «No, amigo, su problema no se puede arreglar con vasos de *whisky*. A usted le pasa otra cosa. Está lleno de emociones que no ha sentido nunca hasta ahora y que, por nuevas, atacan su metabolismo».

Los psicólogos dicen cosas muy graciosas.

Fui a por más *whisky*, pero me quedé allí, inclinado sobre el

mueble haciendo rechinar los dientes. Y de pronto arrojé el vaso contra la pared.

Salí del apartamento y, poco después, hacía correr mi auto hacia Reynolds, donde estaba la barcaza de Bernard Dowling.

CAPÍTULO XIII

Pregunté por la barcaza de Dowling y me dijeron que se ubicaba más adelante y me dieron las señas para no confundirla.

Al fin llegué a mi destino.

Esta vez no dejé la pistola en el coche. Me podía hacer falta y la guardé en el bolsillo.

No había parado de llover y, por aquella parte, el río estaba muy sucio.

Salté a la barcaza.

—¡Alain! —grité.

Nadie me contestó.

—¡Señor Dowling!

Tampoco me respondieron.

Fui a la amplia cabina que se utilizaba como vivienda, igual que las demás barcazas que había en aquella orilla.

Alain Steward estaba en el suelo.

Le habían destrozado el cráneo.

La sangre manchaba el suelo y las paredes.

Habían hecho una horrible carnicería con el muchacho. Sus ojos estaban abiertos, fijos en el techo.

Estoy acostumbrado a ver cadáveres, pero descubrir a Alain así, me llenó de angustia.

—¡Olivia! —grité.

Oí pasos a mi espalda y al volverme vi a un tipo de unos cincuenta años, con una barra de hierro en la mano.

Saqué la pistola.

—¿Dowling?

—Sí.

Tenía la barba crecida, los ojos con grandes bolsas, la nariz aguileña.

—¿Quién hizo esto, Dowling?

—Ella.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿A qué se refiere, Dowling?

—Alain la llamó Olivia.

—¿Dónde estaba usted, Dowling?

—Me escondí al verle llegar. Por eso he venido, porque me figuré que es usted el hombre a quien Alain se refirió.

—¿A qué hombre?

—A Tony Mitchell.

—Sí, soy yo… Cuéntemelo todo, Dowling.

—Alain llegó esta mañana con su amiga Olivia. Alain me pidió que les dejase aquí por algunas horas… Alain tenía que hablar con un fulano para que llevase a Olivia al continente.

—¿Qué fulano?

—Estoy dispuesto a hacerle un favor, señor Mitchell, pero sin comprometerme con la policía. Ya he tenido demasiadas relaciones con ella y nunca fueron buenas.

—Continúe.

—Decidí largarme hasta que todo se hubiese despejado. Alain me prometió que, antes del mediodía se habrían marchado y cogí mis utensilios de pesca para marcharme río arriba. Fue entonces cuando los oí hablar.

—¿Qué oyó?

—Alain dijo que ella había dado un mal paso.

—¿Un mal paso?

—Sí.

—Dijo que debió confiar en usted, quiero decir en Tony Mitchell. Alain le dijo que le llamaría a usted y entonces Olivia se puso muy furiosa y le contestó que no quería meterle a usted más en el lío y que Alain debería estarse quieto.

—¿Y luego?

—Luego me marché. Estuve como una hora pescando. No pesqué nada porque estaba preocupado por los muchachos. Así que decidí volver y entonces…

—¿Qué pasó entonces?

—Me metí en la barca y vi a Alain como le vio usted.

—¿Y Olivia?

—Olivia no estaba. Sólo el pobre Alain. Salí corriendo de aquí,

sin saber qué hacer. Fumé un cigarrillo para tranquilizarme y entonces le vi llegar a usted.

Me senté en una silla. Sentí deseos de reír, pero no reí nada. Y yo había dicho que el asunto había terminado. Pero era culpa mía que eso no hubiese ocurrido. ¿Por qué acudí a la llamada de Alain? Yo podría estar en mi apartamento, preparándolo todo para recibir a Pamela.

¿Qué es lo que me impulsaba a acudir tras de Olivia? Cada vez resultaba más fácil contestar a esa pregunta. Me interesaba la chica. Me gustaba.

¿Se había aprovechado Alain de ese sentimiento y por eso la puso a ella como cebo?

—Volvamos al fulano que iba a llevar a Olivia al continente, Dowling.

—Oiga, estoy metido en este embrollo y no quiero meterme más.

—¿Quién es?

—No puedo decírselo.

—Oiga, Dowling. Ésta es su barcaza y aquí han asesinado a un hombre. ¿Cómo va a explicar eso a la policía?

—Diciendo la verdad. Fue la chica; Olivia mató a Alain.

—Pero usted no lo vio.

—No, no lo vi.

—Entonces sólo hablará de referencia, y eso a la policía no le sirve para establecer la culpabilidad de una persona.

—¿Qué quiere decir?

—Usted ya lo sabe. Que lo pueden elegir como asesino.

—¡No pueden hacer eso!

—Ha dicho que ha tenido relaciones con la policía y que nunca fueron buenas. ¿Cuántas veces estuvo en la cárcel, Dowling?

—Tres.

—Le volverán a encerrar.

—¡Soy inocente!

—Déjeme que lo demuestre yo. Dígame quién es la persona que iba a llevar a Olivia al continente. Yo podré atrapar a la chica antes de que se largue y la entregaré a la policía. Es su única salida.

—Creo que tiene razón.

—¿Cuál es el nombre?

—Rex Mallone.

—La dirección.

—Cambia constantemente de domicilio, pero le podrán dar informes en la posada del Caballo Negro.

—¿Dónde está?

—A siete millas de aquí siguiendo la carretera de Crawford. Llegará a un camino que se interna hacia el mar. No tiene pérdida.

—Gracias, Dowling.

Eché a andar hacia tierra y Dowling gritó:

—Eh, señor Mitchell, ¿qué hago yo con este cadáver?

—Avise a la policía.

—¡Pero me detendrán!

—Yo trabajaré aprisa para sacarlo del apuro.

—¡Por lo que más quiera, señor Mitchell! No me deje en la estacada.

—No le dejaré, Dowling —contesté haciendo un saludo de despedida con la mano.

Regresé al coche, lo puse en marcha y rodé por el camino que Dowling me había indicado.

Llegué pronto a la bifurcación y vi un poste con un cartel en el que se indicaba el camino hacia la posada del Caballo Negro.

El aire estaba impregnado de olor a algas.

Pronto vi el mar. Bandadas de gaviotas sobrevolaban aquel lugar armando una gran algarabía con sus graznidos.

La posada del Caballo Negro era un edificio del siglo XIX de piedra oscura, de un color feo.

Vi un coche estacionado junto a la pared, pero no descubrí ninguna persona por los alrededores.

Detuve mi auto junto al que ya había allí y salté.

—¿Busca algo?

Era un viejo que estaba partiendo leña. No lo había visto antes porque estaba tras de un montón de troncos.

—Sí —le contesté.

—¿Qué cosa?

—A Rex Mallone.

—¿Rex Mallone? No sé quién es.

Me acerqué al viejo y saqué unos billetes del bolsillo.

Miró los billetes y pareció estudiar la oferta.

—No, no conozco a Rex Mallone —rezongó.

Agregué un billete más.

—Oiga —le dije—, es importante para Mallone.

Aún titubeó unos instantes y por fin cogió el dinero y dijo:

—Está ahí dentro, en la habitación número cuatro, pero no le diga a Rex que yo le mandé. Es un problema suyo.

—Descuide.

Entré en la posada. Una mujer muy gruesa fregaba el piso. Había unas cuantas mesas, pero no se veía a ningún cliente y el mostrador estaba desierto.

La mujer interrumpió su trabajo al oír mis pasos y alzó su cara. Tenía ojillos perversos y era fea. La grasa se desparramaba por su escote.

—¿Qué quiere?

—Voy a la habitación número cuatro.

—No puede ir a esa habitación.

—Mallone me está esperando.

—Ah, ¿sí?

—Nos citamos aquí.

Sopesó mis palabras y sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Puede subir.

Al fondo estaba la escalera y trepé por ella. Me encontré ante un corredor envuelto en el silencio. Conté hasta seis puertas. Me detuve ante la cuatro y golpeé en ella con los nudillos.

Abrí y entré.

Y apenas di un paso me golpearon por detrás en la cabeza.

Empecé a derrumbarme, pero al mismo tiempo giré la cabeza en busca de mi enemigo, pero no lo llegué a ver, porque de nuevo me alcanzaron en la cabeza.

Todo lo vi negro y me desmayé.

CAPÍTULO XIV

Abrí los ojos, pero los volví a cerrar enseguida porque tuve la impresión de que en mi cabeza se habían metido una docena de hombres de las cavernas y me estaban golpeando las paredes con sus mazas.

Dejé pasar unos segundos y volví a abrir los párpados. La cabeza me dolió menos.

Vi una cara que ya conocía, la de la fregona que encontré abajo. Sonreía mientras mordisqueaba una manzana.

—Hola —le dije por ser amable.

No contestó. Continuó comiendo su manzana. Estaba sentada en una silla.

Quise levantarme y entonces ella habló.

—No haga eso. Quédese donde está —tenía una pistola en la zurda.

—Soy una buena persona —le dije.

—No me diga.

—Todo un caballero.

Escupió hacia un lado.

—No me gustan los caballeros —rió con ferocidad.

—Son los que mejor tratan a las damas.

—Yo no soy una dama.

Eso se veía a simple vista. Me toqué la axila.

—No se busque la pistola. No la tiene.

—¿Quién se la llevó?

—La bruja.

—¿Qué bruja?

—La que hay por aquí. ¿No se lo han dicho? Los sábados sale y se da una vuelta por encima de la posada. Mucha gente la ha visto.

—Emocionante, muy emocionante. ¿Dónde está Mallone?

—Volverá dentro de un rato.

—¿Adonde fue?

—Es poeta, ¿sabe? Y en los ratos libres se dedica a hacer poesías.

—Ya me está interesando el tipo —tras una pausa agregué—: Oiga, aquí en el suelo estoy cogiendo frío.

—No me diga —repitió.

—Puedo atrapar una pulmonía y marcharme al otro mundo.

—Mucha gente se alegrará de eso.

—Mi abuelita no…

—Debió quedarse con su abuelita.

—Estupendo. Voy a seguir su consejo. Hasta la vista.

Fui a levantarme, pero arqueó el dedo en el gatillo y se puso muy seria.

—¿Quiere que le meta un plomo, caballero?

—No, no me interesa.

—Entonces, quédese quieto.

—¿Qué le parece si deja que me siente en una silla? Me comportaré como un buen chico.

—Está bien, siéntese en una silla, en aquella que está junto a la pared.

Era la más alejada de ella. Me senté. La distancia que nos separaba era algo así como de una milla. No podía saltar sobre la fregona porque mucho antes que la tocase, ella tendría tiempo para meterme tres plomos en el cuerpo.

Me toqué la cabeza. Tenía un chichón del tamaño de una avellana y me había brotado un poco de sangre.

—¿No tiene botiquín? —le pregunté.

—Sí.

—Necesito que me haga una cura.

Se echó a reír y su cuerpo feo se estremeció como un flan.

—¿Le hice gracia?

—Sí, mucha. Estuvo bien eso que dijo de la cura.

—¿Y por qué le hizo gracia?

—Porque usted no va a necesitar ninguna cura. Ahora están de moda los trasplantes. Eso es lo que va a necesitar usted. Que le trasplanten un corazón nuevo.

Seguía mordisqueando la manzana y le entró tanta risa que espolvoreó su alrededor con saliva y con trocitos de manzana. Ella

era muy delicada, como para presentarla en la Corte Real.

—Oiga, tengo dinero —dije.

—¿Sí?

—Le puedo dar cincuenta libras.

—¿A cambio de qué? No, no me lo diga. A cambio de que le deje escapar.

—Sí, eso es.

—En primer lugar, no le dejaría escapar aunque me ofreciese el Banco de Inglaterra. Y otra cosa, señor Mitchell, usted no tiene dinero. Le vaciaron los bolsillos.

Efectivamente, me habían limpiado hasta la cartera.

—¿Cómo debo llamarla?

—¿Para qué?

—Para seguir hablando con usted. Todos tenemos un nombre. Usted conoce el mío.

—No hay inconveniente en decirle que me llamo Edith.

—Gracias, Edith. Es muy amable.

—No soy nada amable.

—¿Quién lo dice?

—Todos los que me conocen.

—Son calumnias. Se la ve encantadora.

—A mí me llaman «esa gorda de Edith». De modo que usted también me lo puede llamar si quiere, y déjese de pamplinas. No me va a engatusar con su verborrea.

—Está bien, Edith. Lo que quiero decirle es que no puede consentir ensuciarse las manos.

Rió de nuevo.

—Todos los días me las ensucio. Es lo mío.

—No me refería a la clase de suciedad que produce hacer la limpieza. Me refiero a la sangre.

—¿Eh?

—Se va a manchar las manos de sangre.

—Usted debe ser uno de esos autores que escriben para la televisión. Todo lo dicen de un modo dramático.

—Estoy poniéndola en guardia, Edith. ¿Por qué cree que llegué aquí?

—Porque es un entremetido.

—Estoy investigando dos crímenes.

—No me diga.

Era su frase favorita y no se cansaba de repetirla.

—Sí, Edith, eso resulta mejor que una novela de Dickens.

—¿Lee a Dickens?

—Sí, es mi favorito… ¿Sabe cuántas veces he leído David Copperfield?

—Dos veces.

Dio un manotazo en el aire.

—Cuatro veces… Y un día de éstos la voy a empezar por quinta vez.

—Eso demuestra que es usted una mujer sensible. Se preocupa de su prójimo. No le gusta que le causen daño a los demás.

—¿Soy todo eso…? Sólo habla tonterías. Me gusta Dickens porque lo comprendo. Yo no comprendo a los tipos que escriben hoy. Me hago un lío con ellos, ¿entiende? Con Dickens una no se hace líos. Todo es sencillo.

—Así debe comportarse una persona en la vida. De una forma sencilla.

—Es lo que yo hago.

—Ahora no lo está haciendo, Edith. Todo lo contrario. Se está complicando mucho.

—Oh, sí, me estaba hablando de un hombre que murió envenenado con cianuro.

—A otro le destrozaron la cabeza.

—No me lo creo.

—Le aseguro que es la verdad.

—Bueno, todo eso no tiene nada que ver conmigo.

—Tiene que ver, Edith. Yo quiero atrapar a la persona que causó las dos muertes.

—Oiga, no quiero escucharle una palabra más.

—Trato de hacerle un favor.

—¿Por qué me iba a hacer un favor? Usted es un desconocido para mí.

—Quizá porque también me gusta Dickens. Y como a usted, no me gusta que le hagan daño al prójimo.

—Pamplinas.

—No son pamplinas, Edith.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre robusto,

de cara ancha, nariz chata y cejas espesas.

—Parece que llego a tiempo —dijo—. ¿Te iba a convencer, Edith?

—Le dejaba hablar porque me entretenía.

—¿Es usted Rex Mallone? —pregunté.

—Sí, soy Rex Mallone.

—Usted me golpeó la cabeza.

—Yo le golpeé la cabeza.

—¿Por qué?

—Hace demasiadas preguntas. Conteste a una. ¿Por qué vino a buscarme?

—Me dieron su dirección.

—¿Quién?

—No tengo por costumbre hablar de mis informantes.

—Si quisiera se lo arrancaba, pero me da lo mismo saberlo o no. Ha llegado la hora. Vendrá conmigo.

Sacó mi pistola del bolsillo y me preguntó.

—¿Qué pretende hacer, Rex? —inquirí.

—Ya lo sabrá.

—¿Por qué no me lo dice ahora?

—Ya le dije que hace demasiadas preguntas. No se ponga pesado, Mitchell.

Continué en la silla y Rex hizo un movimiento con la pistola.

—Oiga, Mitchell, me voy a desembarazar de usted. Me da lo mismo hacerlo aquí que en el sitio que he elegido. Usted decide.

Puso el dedo en el gatillo. Estaba sonriente, con la boca entreabierta, y vi en sus ojos la decisión de matar.

—Iré con usted, Rex.

—Eso creía.

Me levanté y observé a la fregona Edith. Comía otra manzana.

—Salga, Mitchell —dijo Rex.

La puerta estaba medio abierta. Pensé echar a correr, pero Mallone me leyó el pensamiento y apoyó el cañón de la pistola en mi espalda.

—Si intenta largarse, le parto por la mitad. No lo olvide.

—No lo olvidaré.

CAPÍTULO XV

Salimos de la habitación y bajamos la escalera.

Mallone se retrasó un poco porque era peligroso para él bajar cerca de mí. Le podía pegar un codazo. Eso demostraba que Rex Mallone estaba en todo, y que la situación era peligrosa para mí.

Al llegar abajo dijo:

—Salga de la posada.

Tampoco me dio oportunidad para hacer un intento de golpearle.

Ahora volaban más gaviotas que antes y el ruido era ensordecedor.

Las olas del mar se estrellaban contra las rocas.

Miré a un lado y a otro en busca del viejo a quien pagué por la información. Pero no estaba allí.

—Eche a andar hacia la izquierda —ordenó Rex.

Había un camino entre el musgo que crecía por todas partes, adherido a las rocas.

Nos fuimos acercando al mar.

Volví la cabeza y vi a Mallone a un par de metros de mí.

La posada estaba muy lejos.

—¿Qué va a adelantar con darme muerte, Rex?

—No hable.

—Encontrarán mi cadáver tarde o temprano.

—Le apuesto a que no —soltó una risita.

—¿Y qué va a hacer para que no lo descubran?

—Hay muchas cuevas por aquí.

—Pero la marea sacará mi cuerpo.

—No, no lo sacará si lo aseguro bien.

—Las cuerdas se pudren.

—Las cuerdas se pudren, pero no se pudren los cables de acero. Estará metido en una de esas cuevas por centenares de años. Nadie

puede llegar allí, si no conoce el secreto del laberinto.

—¿Y usted lo conoce?

—He vivido muchos años en esta parte de la costa. No tiene secretos para mí. Y ahora ya basta de hablar y siga adelante, Mitchell.

Continué por aquel estrecho camino, que ahora bajaba en pendiente.

El terreno era cada vez más abrupto.

De pronto pegué un salto. Sabía que me podía romper la crisma, pero era la única forma de escapar antes de que Mallone me pegase un tiro.

Mi verdugo disparó y oí cómo la bala chocaba contra una roca muy cercana.

Me despellejé la cara, me golpeé las costillas y los riñones, y pensé que había cometido una locura porque, cuando llegase a quedar quieto, tendría quebrados muchos huesos.

Sin embargo, encontré un lecho de arena. Tenía todo el cuerpo dolorido, pero de momento, mi esqueleto había resistido todos los golpes y parecía estar íntegro.

Mallone lanzó una carcajada.

—¿Quieres jugar al escondite, Mitchell?

Eché a correr porque lo oí muy cerca.

Disparó otra vez.

El proyectil silbó por encima de mi cabeza.

Me agaché sobre una roca porque, si continuaba corriendo, él terminaría por cazarme, ya que durante muchos momentos me haría visible y para él sería como disparar sobre una liebre.

Esperé conteniendo la respiración.

Mallone también se había detenido porque no oí sus pasos, o quizá el maldito sabía cómo deslizarse por las rocas sin hacer notar su presencia.

—¡Mitchell!

Estaba como a unos seis metros de mí.

Naturalmente, no le contesté.

—¡Mitchell! Quiero llegar a un acuerdo con usted. Después de todo, es un hombre que necesita dinero, como yo. ¿Sabe por qué me metí en esto? Por dinero, sólo por dinero. Usted también lo conseguirá si se pone a nuestro favor.

No tenía nada que responder.

—¡Mitchell! —gritó con rabia—. Sea sensato, no va a adelantar nada. Le atraparé aunque me cueste un poco de tiempo. No tiene escapatoria.

Por fin se decidió a seguir adelante.

De vez en cuando se oían sus pisadas.

Seis metros, cinco, cuatro…

Estaba por la parte de arriba.

Me desplacé sigilosamente hacia la izquierda. Mi plan era atacarle por la espalda, pero no sabía cómo lo iba a conseguir debido a las rocas.

Oí que se detenía de nuevo.

Yo estaba detrás.

—¡Mitchell! —exclamó—. Quiero darle una prueba de que usted y yo podemos llegar a un acuerdo. Voy a dejar la pistola sobre la piedra. Puede asomar la cabeza y verá que ya no tengo el arma en la mano.

Avancé con cuidado. Si ahora me localizaba, no podría burlarle, porque delante de mí había rocas casi cortadas a pico.

Vi primero una de sus robustas piernas.

Salté sobre él.

Mi pie golpeó contra una roca y Mallone se volvió con la pistola en la mano.

Caí sobre él en el momento en que hacía fuego. El proyectil se perdió en el cielo, pero el fogonazo me quemó la mano. Le pegué con la cabeza en las narices y soltó un aullido.

Nos derrumbamos y él llevó la peor parte porque caí sobre él.

Oí un crujido. Era su espina dorsal.

Noté que su cuerpo se relajaba mientras desorbitaba sus ojos. Su cara se puso muy roja.

En la posada me había amenazado con partirme en dos y resultaba que era Mallone quién se había quebrado por la mitad.

Se estaba muriendo.

—Mallone —le dije—. ¿Dónde está Olivia?

Sus ojos se estaban tornando vidriosos.

—Mallone, quiero que me diga dónde está Olivia.

—Posada… Habitación seis —dijo, y se murió.

Recuperé la cartera que él tenía en un bolsillo, la pistola e inicié

el regreso a la casa de piedra oscura.

Tampoco me encontré con el viejo.

Entré en la posada, que estaba tan solitaria como antes.

Subí la escalera y, caminando despacio, me dirigí hacia la habitación seis.

La abrí de golpe. La gorda Edith estaba delante y empezó a volverse.

Le vi la pistola en la mano y le pegué con la mía en el cuello. Era muy resistente la fregona, porque se limitó a soltar una especie de maullido. Le pegué otra vez y cayó como un saco de plomo.

Olivia estaba sentada en una silla, ante una mesa, comiendo un trozo de carne.

Me estaba mirando con sus hermosos ojos, que ahora parecían más grandes.

—Te veo sorprendida —le dije.

—Lo estoy y mucho.

—¿No me esperabas aquí?

—No, Tony. No te esperaba.

—Rex Mallone trató de matarme. Estuve un rato en la habitación número cuatro y luego Mallone me llevó a las cuevas de la costa.

—Debes haber pasado un mal rato.

—Estoy acostumbrado a pasarlo mal desde que te conozco.

—A mí también me iban a matar.

—¿Sí?

—Pero lo iban a hacer de distinta forma.

—¿Cómo?

—Aparentarían un suicidio.

—Y todo eso se le ocurrió a Rex Mallone. No lo creo.

—¿Por qué no lo crees, Tony?

—Rex Mallone era un hombre al servicio de alguien.

—¿Y quién es ese alguien?

—No lo sé.

Atraje una silla y me senté en ella a horcajadas.

—Hay muchas cosas que explicar, Olivia. ¿Por qué me escribiste aquella carta?

—Me llamaron por teléfono a tu apartamento.

—¿Quién?

—No lo sé. Era voz de hombre.

—¿Y qué te dijo el desconocido?

—Que mi madre se había confesado autora de la muerte de Harry y que todo estaba en su contra…

—¿Qué más?

—Eso fue todo. Luego colgó.

Se puso en pie y caminó hacia una ventana desde la que se divisaba el mar. Tenía las manos libres, pero su bolso estaba en una silla cerca de la ventana. Volvióse y dijo con una amarga sonrisa:

—Yo no podía consentir que mi madre fuese acusada de una cosa tan horrible como de haber asesinado a su marido.

—Y preferiste ser tú la culpable.

—Sí, pero ahora llegué a la conclusión de que mi madre no lo hizo. De lo contrario me habrían dejado en paz. ¿Qué más querían si yo estaba dispuesta a huir después de haber firmado una confesión?

—Vayamos por partes. ¿Adónde fuiste desde mi apartamento?

—Estaba lista para marcharme cuando sonó el timbre. No pensé abrir porque creí que sería la policía, pero entonces oí la voz de Alain.

—¿Y cómo se enteró Alain de que estabas en mi apartamento?

—Se lo dijiste tú.

—No, yo no se lo dije.

—Pues me dio esa explicación.

—Te mintió. ¿Y qué más te dijo Alain?

—Tenía un amigo que se encargaría de llevarme a Francia.

—¿Rex Mallone?

—Sí, Rex Mallone. Alain dijo que se había citado con Mallone en una barcaza.

—La de Dowling.

—Allí fuimos los dos. Ese Dowling se portó de una forma extraña. No quiso saber nada y se marchó a pescar.

—¿Y luego?

—Al cabo de un rato, llegó Rex Mallone. Alain me lo presentó. No me gustó el tipo, pero, después de todo, no se trataba de que me gustase. Mallone dijo que me acompañaría, pero puso como condición que yo tenía que ir sola con él. No quería comprometerse con más de una persona. Tuve que despedirme de Alain en la

barcaza y me fui con Mallone. Me trajeron aquí y de pronto Mallone mostró su verdadera cara. No me iba a llevar al continente. Yo era una prisionera. Le hice preguntas, pero no contestó a una sola de ellas. Yo tenía que esperar. Sólo eso, esperar.

Me pasé una mano por el cabello. La historia, por muy descabellada que fuese, podía ser buena. Eso era lo malo para mí con respecto a Olivia. Que ella me podía contar una cosa, la más fantástica, y yo terminaba por admitirla.

—Mataron a Alain —le dije.

—¿Qué?

—Le destrozaron la cabeza.

Se lo había soltado brutalmente para conocer su reacción.

—¡Dios mío! —dijo y se apoyó en la pared. Su mano derecha ya estaba más cerca del bolso.

Aposté a que tenía una pistola en aquel bolso y que, en cuanto yo tuviese un descuido, ella la sacaría para liarse a tiros conmigo.

—Eres una *hippie*, Olivia —le dije.

—¿A qué viene eso?

—Estaba pensando que a los *hippies* no les gusta la violencia. Para ellos todo es amor hacia el mundo que les rodea. O piedad.

—Yo también quiero sentir eso. Amor o piedad.

—Pero no puedes.

—A veces no consigo controlarme.

—¿Y qué es lo que sientes cuando no te controlas?

—Odio.

—Y ganas de matar. Lo demostraste con Harry. Compraste el cianuro… Le estuviste odiando mucho tiempo y, finalmente, decidiste que ternas que matarle.

Cogió el bolso y yo salté de la silla y eché a correr.

CAPÍTULO XVI

La atrapé por la muñeca y se la retorcí.

—¿Qué te pasa, Tony? Me haces daño.

—¡Suelta ese bolso!

—¿Por qué?

—¡He dicho que lo sueltes!

Dejó el bolso que yo sujetaba con la otra mano.

Le pegué un empujón mandándola a la otra pared. Abrí el bolso y busqué en él, pero allí no había ningún arma.

—¿Qué esperabas encontrar, Tony?

La miré sin responder.

—Ya comprendo —dijo—. No me has creído… Todo lo que te conté es una invención mía. Es eso lo que piensas, ¿verdad?

—Sí, es lo que pienso —contesté con rabia.

—Entonces, no vale la pena que tú y yo sigamos hablando.

Me acerqué a la ventana y miré por los cristales. Las gaviotas seguían merodeando por los alrededores de la posada.

—Tony, entrégame a la policía.

No le respondí.

—¿No me has oído, Tony?

—¡Sí, maldita sea, te he oído!

—Contra más pronto lo hagas será mejor para los dos.

Respiré profundamente.

Edith estaba volviendo en sí. Fui a su lado y la ayudé a levantarse.

—¿Qué hizo conmigo, puerco? —exclamó al enfocarme con sus ojos.

—Te dejé dormir un poco.

—¿Y Rex?

—Muerto.

—Oh, no.

—Sí, está muerto.

—¡Usted le mató!

—Peleamos y él llevó la peor parte. Se rompió la espina dorsal.

—¡Canalla…! ¡Miserable…! ¡Ha matado a mi Rex!

—Se lo advertí, Edith. Estaban metidos en un asunto demasiado sucio. Y ahora quiero que me explique unas cuantas cosas.

—No sé nada.

—¿Para quién trabajaba Rex Mallone?

—Váyase al infierno.

—¿Para quién trabajaba? —La zarandeé.

—No se lo podría decir nunca porque él no me lo dijo, ¿lo oye? ¿Dónde está Rex…? ¿Dónde?

—Cerca de las cuevas.

Dio un tirón y se desasió. La dejé salir porque era probable que no supiese absolutamente nada. Rex Mallone había sido su hombre y él la metió en aquel asunto, y Rex Mallone se había llevado su secreto a la tumba.

De repente oí el zumbido de un coche.

Olivia estaba más cerca de la ventana y después de mirar fuera dijo:

—Es la policía, Tony.

Ella vino hacia mí.

—¿Puedo besarte?

No le contesté, y entonces se puso de puntillas y me besó con suavidad en los labios.

—No te arrepientas de nada, Tony —dijo—. Hiciste todo lo posible.

Entraron dos hombres vestidos con pulcritud y dos agentes de uniforme. Uno de los primeros dijo:

—¿Olivia Burke?

—Sí, soy yo —contestó la joven.

—Tengo que detenerla, señorita Burke.

Era de noche.

Me metí en un bar cerca de mi apartamento. Pedí un *whisky* y después otro, y un tercero. Mi única intención era emborracharme, pero los pensamientos me seguían atormentado. Llegué pronto al quinto *whisky*. Una joven de ojos negros me puso la mano en el brazo y dijo:

—¿Me invitas?

—Bebe lo que quieras, pero no me hables.

—¿Por qué?

—Se me murió el gato que más quería.

—Como tú quieras.

Le pagué dos *whiskys* y luego le dije adiós con la mano y salí de allí. Ya estaba lo suficiente cargado para echarme a dormir y no despertar en doce horas.

Abrí mi apartamento y olí a café recién hecho.

Pamela apareció en el hueco de la cocina.

—Querido, llevo esperándote más de dos horas.

—Perdona.

—¿Sabes que he preparado un par de platos especiales? No te diré de qué se trata hasta que te hayas sentado en la mesa.

Me pasé una mano por los ojos.

—¿Qué te pasa. Tony?

—Cometí una tontería.

—¿*Whisky*?

—Sí.

—Vete a la ducha. No me gustaría cenar y pasar la velada con un hombre ebrio.

—De acuerdo.

Fui al cuarto de baño. Me desvestí y tomé una ducha fría, pero no me despejó mucho. Había bebido el *whisky* demasiado aprisa.

Pamela golpeó en la puerta.

—¿Cómo va eso, Tony?

—Mucho mejor —le mentí.

Me puse un suéter blanco y un pantalón azul. La mesa estaba dispuesta, pero Pamela continuaba en la cocina y salió con una bandeja donde traía, martinis.

—Ven al sofá —dijo.

Ella cogió su martini, pero yo dejé el mío en la bandeja.

Bebió un trago, dejó el martini en el suelo y me hizo volver la cabeza tirándome de una oreja.

—¿Estás todavía preocupado, Tony?

—Sí.

—¿Por Olivia?

—Ajá.

—No me irás a decir que te enamoraste de ella.

—Claro que no.

—Lo dices en un tono que no me gusta.

—No me hagas caso… Fueron demasiadas emociones para muy poco tiempo.

—¿No es ésta la mayor emoción que sufriste hasta ahora?

Me besó en los labios.

—Hay una cosa clara, Pamela.

—Que te quiero.

—Alguien necesitaba a Olivia en la casa para matar a Harry.

—¿Otra vez con lo mismo?

—¿Cómo no me di cuenta antes? —rezongué.

Habló con su boca pegada a la mía.

—Olvídalo ya, Tony. Los dos estábamos equivocados. Los dos pensamos que Olivia podía ser inocente, pero ella le mató.

—No, no le mató.

—Pero si ya confesó.

—No confesó nada hasta ahora. Se dejó detener porque estaba cansada. Alain la sacó de mi apartamento y él vino aquí porque alguien se lo dijo.

—Olivia.

—No, Olivia no le llamó. Fue otra persona la que le indicó a Alain dónde encontraría a Olivia.

—¿Para esto querías venir a cenar?

—Estoy pensando.

—Pues deja de pensar en Olivia, y piensa un poco en mí.

—Estoy pensando en ti ahora.

—Menos mal —sonrió y me volvió a besar.

—Tú se lo pudiste decir a Alain, Pamela.

—¿Qué?

Me aparté de ella y me puse en pie.

—Y tú le hablaste a lord Burke de mí.

—Naturalmente fui yo. Eso no es un secreto.

—Suponiendo que tú fueses la persona que necesitaba a Olivia en la casa para matar, también era lógico que enrolase un investigador privado. De esa forma podías estar al corriente de todo. Supiste cuando encontraba yo a Olivia y en qué momento estaba ella en la casa y, más tarde, también supiste que yo había

dejado a Olivia aquí.

—Cariño, te estás equivocando. Te pregunté dónde estaba Olivia, pero no me lo quisiste decir.

—Oh, sí, perdona. Debo rectificar. Al negarme a decírtelo, tú lo supusiste. ¿Adónde podía llevar a Olivia para tenerla segura mientras yo completaba mis investigaciones? A mi apartamento.

—¿Y por qué vino aquí Alain y no yo?

Paseé por el *living* mientras me pellizcaba el labio inferior.

—Alain fue muerto en la barcaza —dije—. Nadie vio cometer el crimen a Olivia. Dowling, el viejo de la barcaza, supuso que ella había matado a Alain porque sólo vio a los dos, y a nadie más. Pero pudiste ser tú.

Se echó a reír.

—¿Estás hablando en serio o quieres que nos divirtamos un rato con tus imaginaciones?

—Continuemos divirtiéndonos. ¿Qué relaciones podías tener tú con Alain?

—Ni siquiera lo conocía.

—Chantaje.

—¿De qué hablas?

—Eso es, chantaje. Alain te estaba chantajeando.

—¿Y por qué me iba a chantajear?

—De esa forma llegamos a la médula del caso.

—¿Y cuál es la médula del caso?

—Tú y Harry Wayne.

Lanzó una carcajada.

—Eres la mar de simpático, Tony. Y me estás demostrando que te enamoraste de Olivia, y que por ella eres capaz de inventar una cadena de tonterías y de estupideces. Sólo quieres una cosa. Sacar a Olivia del apuro y no te importa que yo ocupe su lugar.

—¿Desde cuándo tenías relaciones con Harry Wayne?

Se levantó furiosa.

—¿Quieres terminar de una vez la broma, Tony?

—Harry fue tu amante, pero llegó un momento en que se cansó de ti. Alain lo supo y te amenazó. Si él hablaba con lord Burke, tu jefe te despediría inmediatamente. Estabas entre dos fuegos. Harry te había despreciado y Alain te estaba chantajeando. Pero tú seguías queriendo a Harry. No estabas dispuesta a consentir que Harry se

burlase de ti. Querías matarlo, pero matar es algo difícil, y especialmente lo era en tu caso. Pero de pronto surgió una oportunidad para ti. Te la brindó Olivia.

—Cállate ya.

—Olivia amenazó a Harry porque él se puso pesado con ella. Te diste cuenta de que podías montar un gran plan. Matarías a Harry y Olivia pagarla por el crimen. ¿Y qué necesitabas para ello? Que Olivia estuviese en la casa cuando liquidase a Harry. ¿Y cuándo podías matar a Harry? Me desorientó la hora en que fue asesinado, entre las seis y las seis y media de la mañana, pero los segmentos del circuito se van complementando. Está claro que lo tenías que hacer a esa hora porque era la única de que disponías. Supuestamente, Harry fue a la biblioteca porque estaba desvelado. Pero no fue ésa la razón, sino porque tú le habías citado allí. Apuesto a que conseguiste una llave de la casa. Era fácil para ti, la secretaria de lord Burke.

—¿Cuándo vas a cerrar tu maldita boca?

—Un desconocido llamó aquí a Olivia para decirle que su madre se iba a confesar autora del crimen. ¿Quién fue el que llamó? ¿Rex Mallone?

—¡Ya no voy oír más estupideces!

Se quitó el delantal y lo arrojó al sofá. Yo continué:

—Quizás al principio no pensaste en matar a Alain, pero, cuando traje a Olivia a mi apartamento, te diste cuenta de que podían hacer una doble jugada. Culpar a Olivia de la muerte de Harry y la de Alain, porque era una buena ocasión para librarte del chantajista. Fuiste a la barcaza porque le indicaste a Alain que debía llevar a Olivia allí. Por eso Rex Mallone no consintió que Alain le acompañase. Mallone dijo que no quería comprometerse con más de una persona. Era ingenuo, puesto que Alain estaba metido en el asunto hasta el cuello. Naturalmente, Alain hizo lo que tú le pediste porque pensó que, si antes había tenido una razón para el chantaje, ahora tendría otra. El pobre idiota de Alain cayó en la trampa y tú pudiste presentarte en la barcaza y romperle el cráneo.

Se echó a reír y dijo:

—Ha ocurrido como esperaba. Tony. Lo sacaste todo.

—Iremos a Scotland Yard y les contarás la historia.

—No voy a contar nada.

Se abrió la puerta y apareció Eddie Herschel, el chófer de lord Burke. Tenía una pistola en la diestra.

Le miré y luego desvié los ojos hacia Pamela.

—Este número no estaba en el programa, querida.

—Eso demuestra que no eres ni la mitad de listo de lo que crees.

—¿Me vas a liquidar como liquidase a Harry y a Alain?

—Sí, amor.

—¿Y cómo lo vas a justificar?

—Suicidio.

—No soy de los que se suicidan.

—Esta vez sí. Te enamoraste de una *hippie*, y ella resultó una asesina, y tú no lo has podido soportar.

Todo estaba hablado entre nosotros y Eddie podía disparar en cualquier momento. Resultaba fácil comprender por qué Eddie estaba de su parte. Ella lo había enamorado. Pamela era una chica con mucha clase, probablemente la mujer con la que Eddie había soñado durante mucho tiempo y estaba dispuesto a hacer toda lo que ella le pidiese. Hasta matar.

Me lancé sobre Eddie. Mi cabeza golpeó contra su estómago y, en ese momento, disparó.

Oí un chillido que salía de la garganta de Pamela.

Caí en el suelo sobre Eddie y le pegué un puñetazo entre los dos ojos. Quedó inconsciente y le arrebaté la pistola. Al volverme, vi a Pamela de rodillas en el suelo, sujetándose el estómago. Sus manos estaban llenas de sangre. La bala que había salido de la pistola manejada por Eddie le había herido a ella. Abrió la boca para decir algo, pero se derrumbó desmayada.

Atrapé el teléfono y llamé a Scotland Yard.

Pamela confesó antes de morir y Eddie ratificó la historia porque había estado al corriente de todo.

Había sido una larga noche. Yo no había visto a Olivia.

Llegué a mi apartamento, tomé otra ducha, puse música suave y me tendí en el sofá.

Oí que la puerta se abría. Volví la cabeza y la vi entrar. Cerró y se quedó apoyada en la pared.

—Hola —dijo.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Por qué has venido? Es muy tarde.

—Quiero casarme contigo.

Eso había dicho.

Reí un poco y comenté:

—Si lord Burke se enterase de ésta, me echaría a los perros.

—Ya hablé con él. ¿Y sabes lo que dijo? Que no eres mal tipo y que será bueno para la familia que en ella entre un hombre como tú.

Llegó ante el sofá y se puso de rodillas delante de mí.

—Todavía no has contestado a mi declaración, Tony.

Cogí su cabeza entre mis manos y la besé en los labios entreabiertos. ¿Qué podía contestar a una maravillosa *hippie* como Olivia?

Nos casamos, hermano.

FIN

¡En calidad de novedad exclusiva!

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso autor brinda a sus lectores la posibilidad de saborear sus mejores relatos en las Colecciones...

CENTAURO Y OESTE LEGENDARIO

¡Cada título, un vendaval de emoción! Y atención: ¡Son primeras ediciones!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Asegure su ejemplar

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.

Impreso en España